
La RUTA PERDIDA
KAREL STERLING
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO


KAREL STERLING
LA RUTA PERDIDA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal. V. 1.055 – 1959

EDITORIAL VALENCIANA.-VALENCIA

LA RUTA PERDIDA

PERSONAJES PRINCIPALES

Pierre Balzac: Intrépido aventurero español, jefe
de una flotilla de astronaves.

Patricia Morán: Embajadora t e r r e s t r e en Marte.

D-Klissos: Jefe de Policía Sideral Marciana.

Rodie Clarck: Piloto de la flotilla de Pierre Balzac.

Harry Matews: Lo mismo que el anterior.



CAPITULO PRIMERO

E

n la base marciana «Vell-2001» reinaba un tenso ambiente de expectación. Hasta el momento las noticias recibidas desde la astronave del «karim», Dauruss eran satisfactorias. Todo el planeta estaba pendiente de aquel arriesgado vuelo al satélite Deimos. Y era del todo justificado, pues, del resultado del mismo dependía la supervivencia de una raza.

La astronave había despegado de la base dos horas antes (11). Si todo continuaba bien, dentro de nueve minutos habría llegado a su destino, lo que significaría un considerable alivio para la civilización marciana.

D-Klissos, jefe de la policía sideral de Marte, consultó su reloj por enésima vez.

—¿Qué dice Dauruss?—preguntó impaciente al operador de radio— ¿Observa alguna anormalidad?

El operador meneó negativamente la cabeza. Su cobrizo y enorme ojo giró en su órbita para abarcar con la mirada al expectante grupo que le rodeaba.

—Pasa un minuto del tiempo previsto para a nueva llamada —dijo con acento preocupado Tampoco contesta a la mía.

Se hizo un silencio impresionante en la cabina de comunicaciones.

—¡Otra vez! —exclamó D-Klissos angustiado—. ¡Si el «karim» Dauruss no regresa, nadie querrá ir a Deimos! ¿Todavía no contesta?

El operador se despojó rápidamente del casco receptor y se colocó otro que tenía en un estante próximo. De este modo eliminaba la posibilidad de una avería en el primero.

La expresión de su rostro se tornó más preocupada al comprobar la carencia de sonidos en los auriculares.

—Algo le ha ocurrido—declaró—. Ya pasan cuatro minutos.

—Y dentro de otros cuatro debería llegar a Deimos —agregó D-Klissos— Es terrible no poder saber lo que sucede. Inténtelo otra vez, Vixis.

La torturante espera se prolongó un cuarto de hora más. A Vixis lo relevó otro operador.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Vixis a D-Klissos—. Este intento era el definitivo.

El jefe de la policía Sideral salió lentamente dé la sala.

—El problema es de los que no tienen solución —contestó—. Interceptadas las comunicaciones entre Deimos y Marte, solo nos queda sucumbir por falta de oxígeno

—¿No tomará otras medidas el Presidente?

D-Klissos miró con dureza al operador.

—El presidente es un hombre como nosotros y sus problemas son los nuestros—repuso—. Lo que usted o yo no podamos resolver tampoco podrá él. Únicamente hay oxígeno en Deimos y en la Tierra; pero este último planeta está demasiado alejado de nosotros para que el abastecimiento fuera posible.

Caminaron en silencio bastante rato. Un poco antes de llegar a la estación del «monocarril», D-Klissos se detuvo bruscamente.

—¡El capitán Balzac! —exclamó con acento esperanzador—. ¡Esa seria una buena fórmula! ¿Qué te parece, Vixis?

—¿Tú crees que aceptaría el encargo?—la voz de Vixis revelaba escepticismo.

—Balzac es un temerario, un hombre que juega con la muerte por puro capricho. Le encantaría venirse para acá. Además posee el más moderno equipo de astronaves que existe y tiene a sus órdenes a dos suicidas como él, que le seguirían hasta e1 fin del Universo. Sí, es buena la idea; iré a ver inmediatamente Patricia Morán. Te daré noticias más tarde, Vixis.

D-Klissos se despidió de su subordinad y fue hasta donde tenía aparcado su aeromóvil particular, en las afueras de la base. De allí, remontándose hasta una altura de dos mil yardas, se dirigió a Martia, la ciudad clave del planeta, hora y media más tarde estacionó el vehículo, en la azotea del Palacio de Embajadas.

Patricia Morán le recibió en su elegante y suntuoso despacho del piso 53.

—La situación ha empeorado—le dijo —D- Klissos a la embajadora de la Tierra—. El «karim» Daurus, nuestro mejor piloto, ha desaparecido igual que los demás. Ni rastro de él.

Patricia encendió un cigarrillo con pulso sereno. Era joven y hermosa. Sus morenas facciones, lo mismo que el negro azabache de su cabello, constituían una representación clásica del tipo español, al cual pertenecía por sus antepasados. Ostentaba su importante cargo desde dos años atrás, y ella misma preveía un inminente traslado a causa del rumbo que estaban tomando los últimos acontecimientos... pero se equivocó.

—El abastecimiento de oxígeno de Marte está asegurado hasta dentro de doscientas horas —prosiguió D-Klissos— Si el transporte de Deimos sigue suspendido, moriremos todos. He pensado en una solución.

Patricia miró atentamente a su visitante. Pese a sus dotes intuitivas todavía no se había acostumbrado a sojuzgar a los marcianos por sus expresiones. Érale difícil distribuir sus simpatías y antipatías ateniéndose a los aspectos exteriores. Exceptuando el color de las vestimentas y los distintivos de rango, para ella todos los marcianos eran iguales. Y su presencia seguía causándole cierta repulsión. Eran desagradables la rechonchez de sus cuerpos, la dilatada conformación de sus cabezas, la exclusividad de un enorme ojo, sus bocas sin dentar, el metálico brillo de sus epidermis, sus manos de tres dedos. Patricia sentíase incapaz de apreciar en los marcianos un ápice de belleza, y muchas veces divertíase pensando en que ella sería juzgada inversamente.

—He pensado en una solución- repitió D- Klissos—; necesitamos un superhombre que se aventure a desentrañar el siniestro misterio de Deimos, que logre averiguar por qué nuestras astronaves se pierden en el espacio y no regresan jamás. Ese superhombre está en la Tierra.

—¿El capitán Balzac?—inquirió Patricia sonriendo.

—El mismo. ¿Puede usted ponerse en contacto con él y proponerle que venga a trabajar a nuestro lado? Si triunfa tendrá la recompensa que desee.

—No conozco personalmente a Balzac, pero podría proponérselo. Si la situación es tan grave como usted dice.

—Tanto o más—aseveró D-Klissos—. ¿Quiere que le informe con los detalles suficientes para que se haga una idea? La versión que circula entre las gentes no se ajusta demasiado a la realidad. El presidente ha juzgado preferible ocultar ciertos datos a la opinión pública para que no se produzca la inevitable ola de pánico.

—Debo saber la verdad para poner en antecedentes al capitán Balzac—contestó Patricia sumamente interesada— Mi gobierno tampoco me ha dado noticias concluyentes al respecto

D-Klissos apoyó sus pequeñas manos en los brazos del sillón y se reclinó en él con evidente dificultad.

—La atmósfera de Marte apenas contiene oxígeno—declaró—. Desde hace cientos de generaciones que Deimos nos lo suministra gracias a sus inmensos yacimientos de O.CX.6, el mineral que, como usted sabe perfectamente, lo contiene puro y solidificado. Por medio de reacciones nucleares, el O.CX.6 libera en fantásticas proporciones el precioso elemento básico para toda forma de vida. El transporte de dicho mineral se ha venido realizando con un servicio diario de astronaves. Nunca había ocurrido un accidente. El suministro de oxígeno estaba garantizado para millones de años. En fin, quiero decirle que el problema de la escasez jamás había pasado por la mente de nadie. Sin embargo, desde hace setenta y dos horas, el tráfico permanece inexplicablemente interrumpido. Nuestras expediciones desaparecen y los equipos residentes en Deimos no dan señales de vida. Parece como si se hubiera interpuesto un muro impenetrable entre Marte y su satélite.

Es curioso —dijo Patricia intrigada— ¿Qué indicios han facilitado las observaciones astronómicas? Deimos está muy próximo.

—A menos de veinte mil millas—contesto D-Klissos—; pero los telescopios no pueden explorar las profundidades del satélite. Nuestros mensajes se pierden en el vacío estelar, sin que se evidencien las causas del fenómeno. Prácticamente es como si Deimos se encontrara al otro lado de las constelaciones, como si no existiera.

—¿No sospechan lo que pueda ser?

D-Klissos manoteó en el airé para apartar el humo del cigarrillo de Patricia.

—Lo único que lo podría explicar es un sabotaje por parte de otro planeta —contestó—. Cuesta trabajo admitirlo puesto que nuestras relaciones con el resto del Sistema Solar son completamente amistosas. Además, no se ha observado la presencia de astronaves desconocidas dentro de los espacios jurisdiccionales. Por donde se examine la cuestión, cada día se presenta más complicada y misteriosa. Y lo peor todo es que en plazo máximo de doscientas horas comenzará la agonía de Marte. Eso pocos lo saben

—¿Han enviado flotas de reconocimiento?

El impresionante ojo de D-Klissos relució vivamente.

— Hemos perdido dieciocho naves de transporte y diez escuadrillas de combate. Los pilotos se niegan unánimemente a emprender la travesía y prefieren la degradación a la incierta suerte que les pueda deparar los nuevos intentos. El «karim» Dauruss ha sido el último voluntario que nos fue posible reclutar.

— En los términos que usted me ha planteado el asunto creo difícil que el capitán Balzac acepte. De modos modos, procuraré conseguirlo, Le informare en cuanto sepa lo que hay.

—Muchas gracias—el jefe de la policía sideral se puso en pie y abandonó el despacho.

Veinticuatro horas más tarde, el capitán Fierre Balzac, de la Reserva Astronáutica Terrestre, llegó a Marte atendiendo a la urgente llamada de la embajadora.

La entrevista se celebró en el mismo despacho y sin testigo alguno.

Balzac era un hombre alto y fornido cuya edad no pasaría de los treinta y cinco años. No era guapo precisamente, pero sus facciones eran lo suficiente correctas para no desentonar con su apuesta figura. Tenía el rostro ennegrecido por los rigores del sol y su dentadura brillaba blanquísima al sonreír, gesto muy frecuente en él.

Después de escuchar el relato de Patricia cruzó sus piernas y se acostó en lánguida postura

—De modo que la suya es una formal invitación a morir—dijo irónico—¿Debo agradecerle la confianza que me demuestra?

Patricia parpadeó desconcertada.

—Usted tiene fama de valeroso—declaró—. Tengo entendido que se retiró voluntariamente del servicio activo para emprender exploraciones por su cuenta. Usted y su equipo intervinieron en aquel asunto de piratería en que fracasó la policía de Venus; y en aquel otro de Los Lebreles que amenazó a Saturno con una lluvia de asteroides. Podría ser que éste le gustara también.

—Podría ser—concedió él pensativamente—. Resulta extraño que el fin de Marte esté tan próximo y no se tenga, noticia de ello en los demás planetas. En la Tierra se habría armado una zarabanda de mil diablos.

—Divulgarlo solo traería funestas consecuencias. Las gentes de aquí son más sensatas y fatalistas. Las nuevas generaciones nacen ya con la idea asimilada de que están en inferioridad de condiciones y no se hacen muchas ilusiones con respecto al futuro. Realmente son dignos de admiración.

—¿Cuándo debo entrevistarme con el Presidente?—preguntó Pierre Balzac.

Una expresión de contento apareció en las facciones de la joven.

— Eso quiere decir que acepta?

—Ofende la duda, señorita Moran. Ese asunto solo espera un exorcizante que le saque los demonios a la superficie. Y hablando de demonios, ¿querrá usted encargarse de transmitir un mensaje a Rodie Clark y Harry Matews avisándoles que se reúnan conmigo lo antes posible? La dirección es: Wilbur, 85, Los Angeles.

— ¿Quiénes son Rodie y Harry?

—Dos buenos hicos a quienes también les gusta la jarana. Se enamorarán en seguida de usted; sobre todo Rodie.

Patricia intentó con poco éxito una actitud formal y severa.

—No creo que tengan ocasión de dedicarse a las frivolidades— dijo—. Bueno será que usted se les vaya advirtiendo.

—Usted no les conoce, como tampoco a mí. Un cincuenta por ciento de mi conformidad al asunto se debe a la llamada de la conciencia; el otro cincuenta, a su belleza. Si usted fuera vieja, estirada y fea iría de todos modos a Deimos, pero sin ninguna ilusión.

El rubor asomó a las mejillas de Patricia.

—¿Y qué ilusiones se hace con respecto a mí? —inquirió con acento irónico.

—Tardaría horas en enumerárselas— replicó Balzac sonriente—. Le diré una, sin embargo: a mi regreso podría proponerle que se casara conmigo Porque si mis amigos y yo lleváramos a buen término la cuestión, usted se enamoraría de mí. Palabra de honor.

Patricia se puso en pie.

—He tenido sumo placer en conocerle—dijo fríamente—. El presidente le recibirá apenas llegue usted. Buenas tardes, señor Balzac

CAPITULO II

El nerviosismo de D-Klissos se evidenciaba por el continuo parpadeo de su ojo.

—Revisen sobre todo los armamentos—dijo a Balzac—; el peligro puede venir de cualquier lado. ¿Saben ya las frecuencias en que deben emitir?

Balzac asintió. Su mirada atendía a los preparativos de Rodie y Harry que ultimaban los detalles del vuelo. Las tres blancas astronaves terrestres se hallaban alineadas en el centro de la pista; una barrera térmica las aislaba de la multitud de técnicos curiosos que se apiñaba en las cercanías. Declinaba el fulgurante sol por detrás de las montañas que limitaban el extremo norte de la pista. El grisáceo disco de Deimos comenzaba a perfilarse en el cielo. A su izquierda, mucho más grande, podía distinguirse Phobos, el segundo satélite de Marte.

La figura esbelta y airosa de Patricia Morán se abrió paso entre los grupos y llegó hasta la barrera invisible. D-Klissos ordenó con un gesto que le franquearan la entrada.

—¿Animado, Balzac?—preguntó al intrépido piloto.

—Pues sí, bastante; más que nada intrigado por lo que ocurre allá arriba. A usted la noto preocupada.

—Estoy un poco arrepentida de haberle llamado. Me remordería la conciencia si les pasara algo.

Balzac sonrió.

—Eso es que comienza a enamorarse—dijo con plena naturalidad—. Mire, ahí llega el resto de la farándula.

D-Klissos se apartó discretamente al ver venir a Rodie y Harry. Ambos terrestres eran más jóvenes que Balzac; más bien menudos de cuerpo, sus movimientos tenían la viveza y elasticidad inherentes a una disciplinada formación física. Rodie era casi calvo y de facciones simpáticas; Harry tenía un rostro anguloso, enmarañada su negra cabellera, y expresión un tanto sardónica.

—Hola—dijo Rodie cruzándose de brazos y mirando alternativamente a Patricia y Balzac—. ¿No hay una despedida para nosotros?

—De esto no nos dijo nada Pierre—intervino Harry—; el aspecto amable de las cuestiones se los reserva para él; el trabajo para nosotros. Protesta, Rodie.

—Os presento a la señorita Patricia Morán, embajadora terrestre—dijo Balzac—. Estos son Rodie y Harry. Ya les hablé de ellos, ¿recuerda?

Patricia les dedicó una sonrisa.

—Efectivamente, el señor Balzac me habló de ustedes inmejorablemente. De todas maneras, no era preciso puesto que ya poseía amplias referencias de sus cualidades. Les deseo mucha suerte, amigos.

—Siempre la tenemos—contestó Rodie—; una vez, cuando aquello de Los Lebreles...

—Lo contarás al regreso—interrumpió Balzac—. Despegaremos dentro de dos minutos. Id a ver si todo está en orden.

Los dos jóvenes se encogieron de hombros en ademán de cómica resignación y luego se despidieron de Patricia con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está D-Klissos?—preguntó Balzac mirando en torno suyo.

—Ahora sale de la astronave de Rodie—contestó Patricia-—. Está maravillado de la magnífica flota de ustedes. .

El jefe de la policía sideral se les acercó. Después de consultar su reloj cambió unas cuantas frases con Patricia.

—Pregunta si no utilizan ustedes equipos de salvamento—tradujo la joven a Balzac.

Pierre afirmó con la cabeza.

—Sí; y además, cada carlinga puede desprenderse de la astronave en un momento determinado. Es el mismo sistema de los antiguos reactores.

Patricia se lo dijo a D-Klissos y éste miró inexpresivamente a Balzac.

El sonido agudo de una sirena se extendió a todos los ámbitos de la gran base.

En un instante se dispersó el personal. D-Klissos estrechó su deforme mano con la de Balzac y se retiró igualmente.

—Buena suerte, capitán—le deseó Patricia. En sus dorados ojos brillaba la luz de la inquietud—. Si no ve la cosa clara no cometa ninguna locura.

—Las locuras las cometen los locos y yo todavía no pertenezco a esa categoría—repuso Balzac mostrando su blanca dentadura al sonreír—. Hasta dentro de un rato.

Cinco minutos después, las tres astronaves eran simples puntos plateados en el espacio. La rojiza y tenue atmósfera de Marte las envolvió como un sudario de gasa.

—Velocidad: siete mil quinientas millas—ordenó Balzac a través del fonovisor—. ¿Qué te ocurre, Harry?

En la pequeña pantalla que recogía las imágenes del interior de la carlinga de Harry veíase a éste examinándose un dedo ensangrentado.

—No sé dónde diablos me he pinchado—repuso el interpelado—. No es nada, desde luego. ¿Dijiste siete mil quinientas millas?

Balzac contestó afirmativamente. A continuación echó una mirada al exterior. El cielo se iba tornando amoratado y ya las estrellas comenzaban a disminuir en su titilar para convertirse en luminarias de fijo resplandor. El

altímetro señalaba mil seiscientas millas.

A las ocho y siete minutos de su reloj transmitió su primer comunicado a la base. Harry y Rodie hicieron lo mismo durante el intervalo previsto de dos minutos.

Balzac no estaba excesivamente preocupado. La principal sensación que experimentaba era de curiosidad. ¿Cuál era el misterio impenetrable que envolvía a tantas desapariciones? ¿Qué ocurriría en Deimos, a cuál causa se debería su silencio? Estas eran las preguntas que una y otra vez se formulaba el famoso aventurero de los espacios siderales.

Sus múltiples reflexiones le llevaron a la conclusión de que alguien estaba saboteando a Marte. No podía ser obra de la casualidad que decenas de astronaves se perdieran en el infinito sin dejar rastro alguno.

Luego, sus pensamientos atrajeron la imagen de Patricia Morán. Balzac había conocido infinidad de mujeres, había flirteado con muchas y jamás se había comprometido con ninguna. Una de las, características de su temperamento era la de que solía enamorarse con súbita rapidez y perder la ilusión con idéntica facilidad. Con Patricia presentía que le ocurriría lo mismo. Era bella, simpática e inteligente. Le gustaba bastante...

La voz de Rodie le sacó de su abstracción.

—Harry se ha desviado un grado del ángulo «C». Dice que rectificará más adelante.

Balzac comprobó por medio de los indicadores la aseveración de Rodie.

—Escucha, Harry; ¿me oyes?—el interpelado se volvió de cara a la pantalla del fonovisor.

—-Te oigo, Pierre—contestó—. Todo va perfectamente.

—¿Por qué te has desviado?

—No hagas caso de las tonterías de Rodie. Siempre tiene ganas de bromear.

—¡No bromea, lo estoy viendo!—se violentó Balzac—. ¡Y sigues desviándote cada vez más! ¿Qué es lo que te ocurre?

—¿No puedes dejarme en paz? —Harry hizo un gesto de irritación—. Preocúpate de tus cosas y no te metas en las mías.

El capitán Balzac se quedó atónito. Jamás Harry había dicho nada semejante ni desobedecido sus órdenes. Era inaudito.

—¿Qué hacemos? preguntó la voz de Rodie a través del fonovisor etérico —. Perderemos pronto de vista a Harry si se empeña en seguir su descabellado rumbo. Se ha debido volver loco

—Sigámosle— instruyó Balzac malhumorado—. Notifica a la base lo que sucede mientras yo trato de hacerme con Harry.

Llevaban una hora y cuarenta minutos de vuelo. El gran disco del satélite Deimos quedó a la derecha de las astronaves al efectuar la corrección del rumbo a que les obligó el caprichoso comportamiento de Harry Matews.

—Escucha, Harry—habló Balzac con acento paciente—: tus cálculos deben estar equivocados. Nos dirigimos a Deimos, en el cuadrado «Circe—XC». ¿Es que no recuerdas las correcciones?

En la pantalla visora solo se veía la amplia espalda de Harry ocultando el cuadro de mandos. Las recomendaciones, de Balzac no habían obrado ninguna reacción en él. Pareció sordo a su llamada.

—¿No me oyes, Harry?—volvió a insistir el capitán de la flotilla—. ¡Contesta, sí o no!

La conducta del piloto no varió. Balzac llamó a Rodie.

—No hay nada que hacer con Harry—le informó preocupado—; lo mejor será observarle y dejar para más tarde el asunto Deimos. Colócate a su flanco derecho y yo ocuparé el izquierdo.

—Está bien—concedió Rodie—. Dios quiera que no comience aquí el misterio de las astronaves desaparecidas.

Pierre Balzac comunicó a la base de Marte la alteración del plan. A continuación revisó las indicaciones de los instrumentos. La distancia que les separaba de Marte era de dieciséis mil millas, y la velocidad de vuelo se aproximaba a las nueve mil por hora. Deimos se hallaba ahora fuera del horizonte frontal, lo que significaba que se había producido una enorme desviación en la trayectoria prevista.

De pronto, el radar que detectaba la presencia de la astronave de Harry registró una oscilación que trasladó el objeto captado de una punta a otra de la pantalla.

—¡Lo has visto, Balzac!—chilló la voz de Rodie—. ¡Harry ha aumentado su velocidad a treinta y cinco mil millas por hora! ¡Quiere escapar de nuestra persecución!

Balzac pulsó a fondo el acelerador. Los amortiguadores de la astronave crujieron ante el formidable aumento de la aceleración.

—¡No lo perdamos de vista!—ordenó a Rodie—. ¡Ya ha alcanzado el límite de su velocidad!

—¡Se matará si intenta forzarla!-—replicó Rodie alarmado—. ¿Qué te parece si le enviamos una andanada de proyectiles para obligarle a saltar fuera?

—No—contradijo Balzac—; dejémosle a ver lo que hace. Probaré otra vez a ponerme en contacto con él.

Sus esfuerzos carecieron de éxito. Harry Matews permanecía inmóvil en su puesto de mando, ajeno por completo a todo. Balzac transmitió el informe a la base. D-Klissos insinuó la conveniencia de regresar, so pena de que un imprevisto se les impidiera.

—¡Volveremos todos o ninguno!—fue la respuesta seca del capitán Balzac.

Se hallaban a veinticinco mil millas de Marte. Una sección del rojizo

planeta asomaba ahora por los miradores de estribor. La negrura del cielo era absoluta. Algunos meteoritos dejaban rastros ígneos al encenderse en sus contactos con la atmósfera marciana.

—¡La astronave de Harry se ha desintegrado!—exclamó Rodie angustiado.

Balzac lo había advertido una fracción de segundo antes de que Rodie hablara. La causa no podía estar más clara: el intento de Harry de forzar más la velocidad había producido la ignición de los motores atómicos. Era incomprensible que Harry hubiera cometido tamaño error. Sin embargo, había ocurrido...

—Regresemos a la base—ordenó a Rodie.

En ese preciso instante su astronave se tambaleó a efectos de un impacto en el fuselaje. El corazón le dio un vuelco a Balzac. Abstraído con el trágico fin de su compañero había olvidado momentáneamente el recuadro mágico del radar. Y ahora, quizá demasiado tarde, se apercibía de que una gigantesca astronave le estaba haciendo objeto de una despiadada caza.

—¡Voy en tu ayuda, Pierre!—gritó Rodie—. ¡Dentro de un segundo estoy contigo!

CAPITULO III

P

or medio de sucesivas y escalonadas caídas libres, Pierre Balzac esquivó la nutrida barrera de proyectiles luminosos que la astronave enemiga le interpuso en su segundo ataque. Pierre pasó por unos instantes de verdadera angustia hasta que el verificador de averías le indicó que la primera rociada solo le había interesado parte de la superestructura.

Advirtió la presencia de Rodie Clarck viendo venir de cara la luz roja de su proa. Al pensamiento le acudió la imagen de su fiel amigo Harry. La sangre le hirvió en sus venas, y unas ansias terribles de vengar su muerte se apoderaron de él.

Enderezó el vuelo y miró a través de la escotilla de babor. El cristal telescópico le mostró las dos astronaves; destacábanse sus resplandores en el negro espacio sideral. La de Rodie, infinitamente más pequeña, parecía una avispa que merodeara a una inquieta presa. Chorros de luces multicolores surgían de los respectivos fuselajes, perdiéndose, ineficaces, en las inmensidades del cielo.

Balzac calculó la distancia. Doscientas millas. Apretó el disparador de granadas atómicas. El estallido de los proyectiles se produjo con bastante error de aproximación.

De pronto, la voz de Pierre clamó por el micrófono.

—¡Me ha tocado, Pierre! exclamó excitado—. ¡Se descargaron las haterías y el depósito de oxígeno!

—¡Regresa inmediatamente!—le ordenó Balzac—. ¡Yo me las entenderé solo!

—¡No pueedo abandonarte; su armamento es mucho más poderoso que el nuestro! ¡Resistiré hasta que...! ¡Cuidado, Pierre!

Balzac cerró el paso de gases de la tobera superior. El cese del impulso obligó a la astronave a caer de costado. El navío estelar enemigo pasó como una tromba por encima de él, rodeado por un abanico de luces intermitentes.

Balzac vio centrarse el veloz objeto en la misma cruz del punto de mira. La ocasión era única. Apretó el disparador.

Una alegría satánica le invadió al contemplar cómo el cielo se iluminaba por un resplandor que abarcaba todo el horizonte visual.

—¡Le diste de pleno!—gritó Rodie—. ¡Ahora ya puedo regresar!

Pierre trazó un círculo cerradísimo para esquivar la incandescente nube en que había quedado reducida la astronave adversaria. Luego disminuyó el gas, y se unió a Rodie.

En la base eran esperados con la natural ansiedad. La muerte de Harry Matews constituyó un duro impacto para D-Klissos. Patricia, muy pálida, permaneció presente durante el relato de los dos jóvenes pilotos,

—El tipo de astronave que ustedes han descrito no corresponde a ningún modelo conocido en el Sistema Solar—declaró D-Klissos—. Sería interesante saber su origen.

Patricia tradujo el comentario del jefe de la policía sideral.

—Y a mí me gustaría saber cómo se las arreglaron para obligar a Harry a suicidarse—replicó Pierre pensativo—. Probablemente, los pilotos de las anteriores expediciones debieron sufrir igual suerte.

—¿Qué deducciones saca usted de esto ? —preguntó Patricia.

—Espionaje—contestó Balzac sin titubear—. Sea como fuere, los enemigos de Marte conocen con exactitud nuestras futuras operaciones.

—Pero, ¿qué enemigos puede tener Marte? —volvió a inquirir la embajadora terrestre—. Nunca se tuvo noticias de que nadie pretendiese alterar las relaciones diplomáticas.

—Pues ahora alguien pretende que la Humanidad marciana se extinga por sí sola. Y eso ocurrirá antes de una semana si ninguna expedición consigue llegar a Deimos y regresar.

D-Klissos pidió a Patricia que le tradujera la conversación. A continuación expresó su idea de enviar secretamente una misión al satélite.

—Me parece una solución excelente, si verdaderamente nadie se va a enterar—dijo Balzac.

—Haré que el presidente dicte una orden para reclutar diez voluntarios—dijo D-Klissos—. O, mejor dicho, para obligar a diez pilotos a cumplir con su deber.

—Podrían partir al amanecer- sugirió Patricia. Y tornando al idioma inglés añadió dirigiéndose a Balzac—: Usted y su amigo, el señor Rodie, irían de escolta, ¿no es cierto?

Pierre contestó por los dos.

—Si es necesario iremos hasta el fin del Universo para vengar a Harry. Esta no es una aventura más, sino la definitiva. No creo sobrevivir a ella, pero si lo consiguiera mala señal sería para quienes condenaron a muerte a nuestro amigo.

* * *

Rodie dirigía por medio de ademanes a un grupo de mecánicos que se hallaban sometidos a la tarea de reparar su astronave. El entendimiento era dificultoso por lo que Rodie se enojaba con frecuencia.

—Si lo hiciera yo mismo acabaríamos antes —le dijo una de las veces a Balzac—. Llevamos dos horas para hacer una simple soldadura. ¿Viste gente tan inepta alguna vez?

Pierre sonrió condescendiente.

—No olvides que en cada mano tienen tres dedos solamente—replicó—. Para alcanzar nuestro grado de civilización, Marte tardó varias centurias más,

Rodie resopló impaciente.

—Y ahora les tenemos que sacar las castañas del fuego. Es irritante que un planeta no se pueda defender por sus propios medios.

—Estás furioso por lo de Harry, y es comprensible. Pero ten en cuenta que Marte no ha pedido ayuda a la Tierra. Se nos sugirió que viniésemos porque nuestra inconsciencia nos hizo elegir este oficio.

—Siempre has encontrado disculpas a todo cuando ha habido una mujer por en medio—acusó Rodie—. ¿Crees que a Patricia Morán le importaría nuestra muerte?

—La mía, sí—contestó Balzac con malévola ironía.

Los mecánicos dejaron lista la astronave y pidiéronle a Rodie su conformidad. El piloto terrestre repasó meticulosamente la reparación y con un gesto indicó a los otros que podían abandonar el hangar.

—¿A qué hora partimos, por fin?—inquirió a Balzac a la vez que se disponía a encender un cigarrillo.

Pierre consultó su cronógrafo.

—Dentro de cuarenta y cinco minutos. Yo también voy a ver si todo está en regla en el otro hangar. Nos veremos luego.

El joven capitán de la Reserva Astronáutica se dirigió al lugar secreto donde se hallaba encerrada su aeronave. Las pesadas puertas del hangar de concreto se abrieron silenciosamente al pronunciar la palabra clave ante el diminuto micrófono instalado bajo uno de los goznes inferiores.

Estaba oscuro dentro. Hasta que sus ojos se acostumbraron a las tenues claridades del amanecer que se filtraban por las transparentes claraboyas solo pudo distinguir que borrosos bultos irregularmente distribuidos por la espaciosa sala.

La astronave estaba en el extremo opuesto. Su esbelta y alargada silueta se destacaba de las otras naves marcianas, más pequeñas y de oblongas formas.

De pronto escuchó algo que le obligó a quedarse quieto. Había sonado como el roce de una puerta al abrirse o de unos pies que se arrastraran. Aguzó su mirada en tomo suyo. El hangar se hallaba desierto. ¿Qué ruido era aquél, entonces?

Balzac dio unos cuantos pasos más. El ruido se repitió, esta vez más rápido y seco. Provenía de su propia astronave.

Sigilosamente se parapetó detrás de una columna. Al principio no vio

nada de particular, nada que le llamara especialmente la atención. Sin embargo, instantes después cayó en la cuenta de un detalle extraño. La portezuela que daba acceso a su carlinga estaba abierta. Balzac albergaba la convicción de que la dejó cerrada cuando horas antes repasara el funcionamiento de los motores.

Con todo género de precauciones salió de su escondite y se dirigió con paso rápido a la astronave. La elástica suela de su calzado no produjo el menor sonido en sus contactos con el suelo.

Balzac llegó hasta la escalerilla. Desde allí no pudo ver otra cosa que el techo plástico de la carlinga. Cada vez con mayor cautela subió los peldaños de la escala. A punto de llegar al último surgió del interior una gran masa viviente que se abalanzó contra él.

Balzac, incapaz de contener la brutal embestida, cayó al suelo desde una altura de cuatro yardas. Medio conmocionado por el terrible encontronazo intentó incorporarse. Un golpe en el plexo solar le derribó nuevamente. El fuerte dolor despertó sus sentidos. Instintivamente rodó sobre sí mismo para alejarse del misterioso agresor. Luego se puso en pie por medio de una ágil genuflexión.

Le vio entonces. Estaba a pocas yardas de él y con las extremidades superiores extendidas para atacar de nuevo. En el atavío del marciano se destacaban los distintivos de técnico de motores. Su rojizo ojo despedía fulgores de odio. De su deforme boca se escapaban rugidos incomprensibles.

En un instante comprendió Balzac cuál había sido la intención del agresor. Este provocó la caída conjunta desde lo más alto de la escalerilla confiando en que la constitución física del terrestre no resistiría el violento choque contra el suelo. Para el marciano, en cambio, una altura de cuatro yardas no suponía gran cosa. Su osamenta metálica y la dureza de los músculos podían soportar golpes infinitamente más contundentes.

Pierre pensó laminen en la desventaja que le representaría un combate cuerpo a cuerpo. Tampoco poseía armamento personal. Estaba en un aprieto de los grandes.

El marciano acortó la distancia que los separaba. Se evidenciaba que su propósito era matar.

Balzac retrocedió vivamente, mientras reflexionaba cuál podía ser su mejor salida. Le dio un vuelco el corazón al tropezar sus pies con algo y perder el equilibrio. Se quiso incorporar atropelladamente al ver que el marciano se le venía encima como una tromba.

Su cuerpo trazó una finta en el suelo. El adversario halló el mismo obstáculo y se tambaleó cuando ya pretendía asir su presa. Balzac disparó su pie izquierdo contra el enorme cráneo del marciano. Fue sin duda obra de la providencia que la bota de aluminio elástico encontrara en su trayectoria el único órgano visual del atacante. Un horrible rugido puso el infernal contrapunto al combate.

Completamente ciego, el marciano tanteó con los brazos para descargar su furia en Balzac. Este, persuadido del tanto a su favor que acababa de lograr, se escabulló con rapidez para situarse en una posición que le permitiera desembarazarse definitivamente de él.

Pero de pronto sucedió algo sorprendente. Un rayo de luz rasgó la semipenumbra yendo a dar en la amplia espalda del marciano. Balzac vio, asombrado, como el etéreo impacto abría una enorme brecha entre los omoplatos de aquél. De la herida surgió un chorro de humeante espuma que incluso salpicó al asombrado Balzac. El marciano se desplomó de bruces y quedó inmóvil en el suelo.

Un parloteo ininteligible sonó detrás del capitán. Este se giró y vio a D-Klissos empuñando todavía una pequeña arma de bolsillo.

—Gracias—dijo Balzac, sin darse cuenta de que el otro no le entendía—. Nunca llegará usted tan a tiempo a sitio alguno.

D-Klissos hizo otro comentario en su jerga. A los pocos instantes se reunían con Patricia y Rodie.

Balzac explicó lo sucedido.

—Ya dije antes que había traidores en nuestras filas—declaró—. Es una lástima que el saboteador haya muerto porque nos podría haber explicado cosas interesantes—y dirigiéndose a Patricia agregó—: Pregúntele a nuestro amigo cómo se enteró de lo que ocurría.

Así lo hizo la joven. Después tradujo la respuesta del jefe de la policía sideral.

—Fue a ver a Rodie y éste le indicó dónde estaba usted. Quería saber si estaban a punto de emprender la travesía. Solo faltan veinte minutos.

Balzac llamó aparte a Rodie.

—Esta vez no me acompañarás—díjole—. Vamos a escalonar nuestros esfuerzos en evitación de que nos saboteen al mismo tiempo. Desde tu astronave, aquí en el hangar, te mantendrás en continuo contacto conmigo. Si necesito de tu ayuda te reunirás conmigo inmediatamente.

—Luego tú crees que han tratado de sabotear las astronaves—indagó Rodie malhumorado ante la perspectiva de quedarse.

—Apostaría ciento contra uno. Ahora voy a decirle otra cosa a D-Klissos.

Balzac requirió los servicios de Patricia.

—Dígale a D-Klissos que en el mismo momento en que las astronaves despeguen releve de su puesto al operador de radio.

Patricia enarcó sus rubias cejas.

—¿Sospecha usted de él?—preguntó.

—Y de usted también—ironizó Balzac; sospecho hasta de mi sombra.

D-Klissos manifestó su conformidad. Faltaban doce minutos para que comenzara aquella nueva misión suicida. Pierre Balzac regresó a su astronave.

Le acompañaba Patricia.

—Entre la población marciana reina un pánico indescriptible —declaró ella—. Ya no es un simple rumor lo de que las horas están contadas. El presidente va a dimitir y existen fundados motivos para creer que ha pedido hospitalidad a Venus.

—¿Hubo dificultades para reclutar a los diez pilotos ?

—Hubo que castigar con la muerte a medio centenar para conseguirlo. D-Klissos se ha mostrado inflexible.

Balzac miró en torno suyo para asegurarse de que no eran espiados por nadie.

—Escuche, me va a hacer un favor—rogó a Patricia—. Me va a ayudar a desprender de la carlinga el equipo salvavidas. Luego lo esconderemos en cualquier sitio y usted no dirá nada a nadie. ¿Comprendido?

Patricia meneó la cabeza negativamente.

—¿Va usted a volar sin ninguna clase de seguridades? ¿Qué hará si tiene una avería?

—Conformarme con las consecuencias. Yo nunca desoigo los presentimientos.

Balzac subió la escalerilla con paso rápido y manipuló durante un par de minutos en los resortes que sujetaban el pesado equipo de salvamento. Luego, entre Patricia y él, lo desmontaron.

—Baje usted primero y mantenga tenso el cable de sujeción—dijo a la joven—. Cuando yo le diga se aparta para que el equipo caiga solo. Procure no hacer ruido.

Faltando cinco minutos para la partida, Patricia y Balzac concluyeron su labor. El equipo quedó escondido en el interior de una de las astronaves más alejadas.

—Si no quiere ver a Rodie nervioso no se lo diga—comentó Pierre jadeante aún por el esfuerzo—. Esto queda entre usted y yo.

El techo del hangar comenzó a descorrerse para dejar el cielo raso. La claridad del alba había borrado del firmamento a los astros. La tristeza del ambiente se trasladó también al rostro de Patricia.

—Comienzan otra vez mis remordimientos —dijo sin alzar la vista hacia él. La muerte de su amigo Harry me puso enferma. No sé si podría resistir la noticia de que a usted le ha sucedido lo mismo.

Balzac levantó la barbilla de ella con delicadeza, obligándola a mirarle a los ojos.

—No se atormente inútilmente—contestó—. Harry, Rodie y yo elegimos esta profesión sabiendo que un día u otro la suerte nos volvería su espalda. Hasta entonces seríamos dichosos balanceándonos entre la vida y la muerte, gozando del infinito placer que proporciona el peligro. A nadie, pues, hacemos responsable ele que las cosas no salgan bien. Créame, Patricia, si yo

no regresara nada importante se habría perdido; si puedo hacer algo por Marte, la satisfacción del éxito me compensaría con tantas creces que lo demás sobraría.

Las pupilas de Patricia se humedecieron.

—Es usted el hombre más generoso y valiente que he conocido—declaró emocionada.

—Otra compensación—Balzac sonrió—. ¿Ve usted? Por donde se mire, mi profesión está llena de compensaciones.

Rodie entró en el hangar.

—La flota de transportes ha puesto sus motores en marcha —anunció. Su voz revelaba el nerviosismo—. Que tengas suerte, Pierre.

Patricia esbozó un gesto de extrañeza.

—¿No va usted con ellos? —inquirió.

—Rodie se queda aquí por si fuera necesario intentarlo otra, vez— replicó Balzac.

—Me ha castigado —dijo Rodie forzando una sonrisa—. Jamás lo ha hecho desde que vamos juntos.

Balzac estrechó la mano de su compañero y, después, se volvió a Patricia.

—Le prometo que no volveremos con las manos vacías —aseguró jovialmente—. Le doy mi palabra de honor.

CAPITULO 4

S

in novedad, Rodie—informó Pierre Balzac—. Distancia, trece mil quinientas millas; velocidad, doce seiscientas. Nos encontramos al sur del «Cuadrado Circe». Verifica los datos.

Rodie replicó al cabo de unos minutos.

—Datos verificados. Comunica con la base.

Balzac repitió el mensaje, esta vez al operador de la base «Vell-2001». Tampoco hubo disconformidad con respecto a las cifras transmitidas.

El terrestre conectó el piloto automático y se recostó cómodamente en el asiento. En la pantalla de radar apreciábase con perfecta nitidez la formación compuesta por diez astronaves de transporte. La velocidad con que se desplazaban estaba sincronizada con la suya. Irguiéndose ligeramente, Balzac podía distinguir las lejanas luces de situación a través del mirador telescópico. La flota volaba delante de él, a una distancia aproximada de cinco millas.

Cada cinco minutos fue transmitiendo mensajes simultáneos, a Rodie y a la base. Asimismo establecía regulares contactos con el piloto comandante de la expedición.

Todo iba bien hasta el presente. Estaban a punto de franquear la zona crítica en la que Harry Matews comenzó a desviarse de la ruta. Balzac consultó su reloj; hacía una hora y siete minutos desde que despegaran.

El silencio de la carlinga fue roto por la voz del operador marciano.

—El control de ruta registra una ligera desviación de la flota hacia el «ángulo C»—informó—. Ninguno de los pilotos contesta a mis llamadas. Repito, capitán Balzac: mis llamadas no obtienen respuesta. Intente usted comunicarse con el «karim» Troshus y avíseme inmediatamente del resultado. ¿Me ha entendido?

El Inglés del operador no era muy correcto, pero el mensaje no pudo estar más claro para Balzac. ¡La historia se repetía una vez más!

Pierre sintonizó la onda del «karim» Troshus, comandante de la expedición. Apenas conocía unas cuantas frases clave del idioma marciano, más eran suficientes para indagar las causas del repentino silencio de la flota. Sus señales de llamada se perdieron en el vacío etéreo sin que acusaran el menor signo de haber sido captadas.

Con los nervios tensos por la excitación, Balzac comprobó que las diez astronaves transporte seguían idéntico rumbo que el tomado por Harry Matews unas horas antes. Sin perder un segundo pasó a Rodie aviso de lo que sucedía.

—A partir de ahora estáte atento a futuras instrucciones —le dijo—. Seguramente tendrás que reunirte conmigo. Entretanto seguiré a la escuadrilla para ver lo que ocurre.

—¡Ten cuidado, Pierre!—advirtió Rodie. Su voz traslucía la ansiedad que le embargaba—. Patricia me dice que regreses. No te arriesgues demasiado si es que te empeñas en continuar.

El rostro varonil y curtido de Balzac reflejó una expresión que podía ser sarcástica. Pedirle a él que no se arriesgara era como si le aconsejaran que dejase de respirar. En aquellos momentos, el piloto terrestre sentía la enervante sensación de estar combatiendo ya. Su vida era aquélla. Misterio y peligro: dos factores sin los que no podía pasar.

En el preciso instante en que sus dedos iban a hacer girar uno de los interruptores del fonovisor se dejó oír la profunda resonancia de una voz que modulaba el inglés con rara perfección. Espaciaba las palabras y las recalcaba casi deletreándolas.

Pierre varió de canal magnético para localizar por aproximación el punto de donde partía la emisión. Lo que pudo escuchar era tan asombroso que le precisaba saber si quien dictaba aquellas órdenes era el piloto de alguna astronave de su misma flota o, por el contrario, transmitía desde Marte.

Inexplicablemente, la voz surgía por todos los canales, ocupando todo el espacio del complicado dial. Una interferencia deliberadamente provocada, pensó Balzac.

El mensaje se repetía tras cortos períodos de silencio.

—«Diríjase astronave terrestre al cuadrado «Syrte CS-2...» Variación de rumbo abscisa 3,19 en cruce con coordenadas DDY... Velocidad, 5,5 millas por segundo... Obedezca instrucciones, astronave terrestre... Manténgase a la misma distancia del resto escuadrilla... Repito la orden...»

Balzac intentó informar primeramente a la base y después a Rodie Clarck. No obtuvo resultado alguno. Los circuitos de emisión habían dejado de funcionar; estaban obstruidos por causas inexplicables.

Malhumorado, Pierre cenó el interruptor para no oír más aquella monótona voz que trataba de convencerle para que siguiera el mismo fatal camino que Harry Matews.

Comenzaba a desvelarse el misterio de las astronaves desaparecidas. Balzac comprendió fácilmente que el sabotaje a quien fulminara D-Klissos no hizo otra cosa que introducir en su equipo de radio las modificaciones necesarias para que, a una distancia determinada de Marte, quedara un solo canal abierto. Lo que ya no era tan comprensible es que al influjo de un simple mandato la flota entera hubiese obedecido tan ciegamente. Así, como tampoco se concebía, que Harry Matews se dejara influir igualmente. A un misterio se sucedía otro de mayores magnitudes.

Balzac corrigió el ángulo de la trayectoria fijando el rumbo hacia «Syrte CS-2». Para sus planes era imprescindible que el misterioso mensajero

confiara en que su persuasión había logrado los efectos apetecidos.

A continuación, localizó en el mapa celeste la posición a que correspondía el cuadrado «Syrte CS-2». Un respingo de sorpresa se escapó de sus labios al hacer la verificación. Apenas podía creerlo. ¡El punto al que se tenían que dirigir era Phobos, el incandescente satélite marciano!

Su primer impulso fue asomarse al mirador telescópico. El objetivo debía estar cerca; tan cerca que quizá le separasen de él unos cuantos minutos de vuelo.

Vio a Phobos ante la proa de su astronave. Su pequeño disco de unas nueve millas de diámetro refulgía rojizo cual si fuera una ardiente brasa suspendida en la negra noche sideral. ¡Allá se dirigían raudas las diez astronaves de transporte! Si no sucedía un milagro se precipitarían irremisiblemente en las entrañas de fuego del menor de los satélites marcianos.

El horror se apoderó de Balzac. Acababa de arrancar otro secreto al siniestro asunto que amenazaba de muerte al planeta Marte. Las astronaves jamás regresaban por la sencilla razón de que eran arrastradas a un lugar del que no había escapatoria posible. El pequeño astro en ignición era la tumba de tantos y tantos pilotos fascinados por aquella misteriosa voz.

Parecía increíble que los científicos de Marte fueran incapaces de haberlo averiguado. La proximidad de Phobos —unas cinco mil millas— ponía una nota grotesca en la cuestión.

Balzac puso en marcha el fonovisor. La orden del invisible locutor seguía transmitiendo incansable el mismo mensaje.

En aquellos instantes, la distancia que le separaba de Phobos era de novecientas millas; escasamente tres minutos de vuelo...

Balzac realizó un desesperado esfuerzo para intentar comunicar con el resto de las astronaves; necesitaba salvarlas de su fatal destino. El planeta Marte se extinguía, el presidente había huido con toda seguridad, el pánico cundía entre los habitantes. Toda una civilización iba a desaparecer al cumplirse los criminales designios do una raza oculta entre las sombras. Otras especies vivientes, solo sabía Dios de qué planeta procedentes, convertirían a Marte en un dominio extranjero. Y quizá eso solo sería el principio. La Tierra y los demás astros del Sistema Solar tal vez se vieran envueltos, en sucesivas intrigas de idénticas características.

Desalentado, Pierre cesó de manipular en los mandos del fonovisor. Otra inspiración le vino a la mente. Forzando al máximo la potencia de sus motores, adelantó a la escuadrilla. Se colocó delante de ella, hizo cabriolas con la astronave para sacar de su pasividad a los demás pilotos. Picó, ascendió, trazó espirales cerradas en tomo a las naves, puso en juego el encendido de las luces de emergencia. Balzac pulsó todos los resortes de su inteligencia. ¡Nada...! Las diez astronaves proseguían en su ruta hacia aquel infierno sideral.

Persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos, Balzac ocupó su lugar primitivo en la formación. Quería percatarse por sus propios ojos de la culminación del desastre. Faltaban escasos segundos para que se produjera. Las agujas del control gravitométrico señalaban ya la débil atracción que ejercía el satélite Phobos.

Balzac sacó a su astronave de la trayectoria en el preciso momento en que la flota íntegra desaparecía en las entrañas del satélite de fuego. ¡Todo había terminado!

Puso rumbo a Marte. Le dolían las mandíbulas de la continua tensión nerviosa a que estuvo sometido desde el principio del «raid». Ahora se sentía destrozado física y espiritualmente. Nunca, a lo largo de su aventurera carrera, había atravesado por semejante racha de mala suerte.

¿Mala suerte? Pierre Balzac se incorporó en su asiento al hacerse esta nueva reflexión. No era la suya tan mala como precipitadamente enjuició. Por dos veces se libró de caer en aquella siniestra celada. ¿Qué fue lo que falló en la última tentativa de eliminarle? No podía comprenderlo. Cierto que le dictaron órdenes concluyentes, pero esto solo no era bastante para que las cumpliese. Debía existir algún otro factor que no entró en juego; alguna otra estratagema que no le afectó.

Su mirada paseó indiferente por los indicadores del cuadro. Al posarse sobre la pantalla de radar se detuvo fijamente. ¡Una astronave volaba por encima de él a una altura de diez millas! ¿Sería la de Rodie?

El fonovisor seguía sin funcionar. La misteriosa voz había enmudecido. Tan solo el chasquido de los parásitos hacía crepitar la salida del amplificador.

La desconocida astronave se le adelantó igualando su altura a la de él. Se aproximó tanto, después, que pudo verla perfectamente sin necesidad de utilizar instrumento alguno. Era de iguales, características que la que derribara en su anterior combate.

Los dedos de Balzac se crisparon sobre los disparadores. Estaba indeciso. Destruirla satisfaría sus ansias de venganza pero no le reportaría ningún beneficio provechoso. Lo que realmente le interesaba era descubrir su identidad. Y lo ideal consistiría en obligarla a dirigirse a Marte.

La astronave aumentó su velocidad. Pierre obró en el mismo sentido corrigiendo la desviación de su vuelo para no perderla de vista.

Su cuentamillas señalaba la cifra de quince mil por hora. Phobos quedaba ahora en el extremo opuesto. Balzac echó un vistazo a estribor y contempló el enorme disco de Marte semivelado por la sutil atmósfera que lo envolvía. Por un momento imaginó la mortal ansiedad que reinaría en el planeta ante la falta de noticias de la expedición.

De pronto, al realizar una nueva rectificación de la trayectoria, Balzac vio surgir delante de él la brillante esfera del satélite Deimos. Instintivamente comprobó las distancias. La astronave enemiga se hallaba a punto de descender sobre Deimos. Instantes más tarde se posaría sobre su escarpada

superficie.

El corazón comenzó a latirle con desmesurada fuerza. ¿Sería aquella una nueva celada? ¿Y por qué en Deimos precisamente?

Balzac se dijo que llegaría hasta el fin. Celada o lo que fuese, la ansiada meta estaba casi al alcance de su mano.

Casi no pudo creerlo cuando su astronave se inmovilizó sobre una árida llanura enclavada entre los gigantescos farallones que formaban el mayor valle del satélite.

La astronave enemiga estaba a menas de cien yardas de la suya. Ningún ser viviente había salido de ella. Tampoco había signos de vida en el valle. Los rayos del sol caían de plano sobre la yerma planicie de granito. Bordeando los farallones extendíanse largas cadenas de nubes que proyectaban sus sombras contra las oquedades laterales.

Balzac sacó del salpicadero su revólver «ultrasónico» y se apeó de la astronave.

CAPITULO V

C

ayó la noche de repente, como si súbitamente una mano invisible hubiera corrido un telón negro obstruyendo cuanto la mirada, alcanzaba a ver. Donde antes no había nada, sino claridad y nubes, ahora aparecía cuajado de astros cuyas luces no parpadeaban ni sufrían oscilaciones. No había atmósfera en Deimos.

Balzac se dio cuenta al intentar llenar de aire los pulmones. Las náuseas se apoderaron de él y las sienes comenzaron a martillearle.

Afortunadamente, aún tuvo presencia de ánimo para corregir los dos errores fundamentales en que había incurrido. Cuidando de no efectuar ningún movimiento demasiado brusco, penetró nuevamente en la astronave, cerró la escotilla y abrió la llave del oxígeno. En cuestión de escasos segundos recobró la normalidad física. Acto seguido procedió a ponerse la escafandra climática y el calzado neutralizador de la gravedad. Este último lo graduó a 98,17, casi al límite de la unidad terrestre, pues dada la insignificante masa del satélite, los pesos quedaban anulados casi totalmente.

Caminando ya con paso firme, Balzac volvió a salir de su astronave. Un poco más habituadas sus pupilas a la oscuridad, le fue fácil distinguir los contornos de la nave enemiga. Esta tenía todas las luces apagadas. Un silencio sepulcral reinaba en la noche.

Revólver en mano, Balzac se aproximó lentamente. En aquel momento le habría resultado difícil explicar sus sensaciones. No experimentaba el temor físico tal como se suele definir; ni tampoco la opresión angustiosa que origina la inminencia de un suceso sobrenatural. Pierre Balzac, el hombre que protagonizara fantásticas aventuras desde Cabo Cañaveral hasta los confines de Plutón, sentía ahora el anhelo nervioso de saber qué clase de enemigo era aquel que se escondía en la astronave. Quizá la muerte le esperase al paso siguiente, tal vez estuviese ya yendo a su encuentro. Balzac nunca se había hecho ilusiones; vivía un presente fugaz y cada prolongación la consideraba como un magnánimo regalo de la providencia.

A cincuenta yardas de la astronave se detuvo.

Le parecía haber distinguido una extraña fosforescencia a la altura de su cabeza, un poco más allá de él. Eran dos fosforescencias fijas, dos brillantes resplandores tan próximos uno de otro que daban la sensación de ser un único reflejo.

Avanzó unos cuantos pasos más. Un casi imperceptible borde luminoso se dibujó sobre los picos de los farallones proyectando una débil semipenumbra

en el fondo del valle. Aquel borde luminoso era Marte que comenzaba a asomar iniciando un nuevo día para el satélite.

Al diluirse la oscuridad y quedar todo envuelto en el gris plomizo de la falsa aurora, Balzac contempló algo que le dejó en suspenso. Hasta el momento jamás había visto un ser viviente semejante. Tenía mucho de humano y esto precisamente es lo que le daba un aspecto más siniestro.

Se hallaba a menos de veinte yardas de distancia. La configuración de su cuerpo era normal; cabeza, tronco y extremidades no diferían de las de un hombre cualquiera sino en el color. Su epidermis era negra como el ébano. Y negros eran los labios y los ojos. El rostro, de facciones alargadas, carecía de expresividad. Por detrás de su cabeza, en sentido vertical, asomaban dos salientes membranosos que debían nacer en los respectivos omoplatos. Sus orejas, puntiagudas como las de un dragón mitológico, permanecían erectas y formando líneas paralelas a sus peludas cejas.

Al verlo, y percatarse de sus características, Fierre Balzac recordó algo que había leído años atrás acerca de un imaginario monstruo llamado Drácula. Aquel relato databa del remoto siglo veinte, pero había quedado en los anales de la literatura fantástica como un ejemplo de originalidad y rara perfección descriptiva. Drácula era medio hombre y medio vampiro. Lo que Balzac tenía delante de sí respondía a tal imagen literaria. No era, pues, difícil suponer que las leyendas terrestres, sobre las que se basó Bram Stoker para crear su personaje, tuvieran como fundamento posibles visitas de seres como aquél al planeta Tierra. Esto lo pensó Balzac al mismo tiempo que reflexionaba sobre su modo de actuar.

Aparentemente, el monstruo no llevaba armas. Inmóvil y erguido escudriñaba a Balzac con sus grandes ojos desprovistos de párpados. Parecía estudiarle con tanta atención como si del examen dependiera la calificación de peligroso o inofensivo.

Balzac quedó inmóvil también, atento al menor síntoma de ataque. Transcurrieron varios minutos de creciente tensión nerviosa.

De pronto, el vampiro habló.

—Usted, Pierre Balzac, obedecerá mis órdenes... Obedecerá mis órdenes... Obedecerá mis órdenes... Usted no disparará y seguirá mis pasos. Su arma está estropeada.... Su arma está estropeada. Como no le sirve de nada se la guardará... Guarde el arma en su bolsillo. Su voluntad ha dejado de existir; no piensa en nada, no siente nada... Se guardará su revólver...

La revelación penetró en el cerebro de Balzac como un rayo de luz que lo iluminara todo y ahuyentase las tinieblas de los rincones más recónditos.

Aquel repulsivo ser estaba convencido de que Balzac se hallaba bajo los efectos de una sugestión hipnótica. El empleo y la repetición de las frases respondía al típico modo de encauzar voluntades sugestionadas de antemano. Se le suponía hipnotizado desde que despegara de la base marciana y de ahí que, en pleno vuelo, se le ordenara precipitarse contra el satélite de fuego. El

que no cumpliera exactamente aquellas órdenes solo significaba, a ojos de quien las dictaba, que, o la transmisión del mensaje había sido incompleta o el instinto de conservación no fue totalmente adormecido.

Ahora se esperaba de él una pasiva sumisión. El vampiro confiaba plenamente en lograrla.

Otro factor curioso era el que la voz fuera perceptible en el vacío absoluto. Cabía la explicación, y a ella se atuvo Balzar, de que tales órdenes le fueran transmitidas telepáticamente. En cuyo caso había que temer que también sus pensamientos pudieran ser leídos por su enemigo.

Por tanto, decidió sacar la máxima ventaja al error de apreciación que le separaba de su antagonista. Mientras fingiera hallarse hipnotizado no despertaría recelo alguno.

Con ademán mecánico guardose el revólver en el bolsillo. Luego extendió sus brazos a lo largo de las caderas.

—Usted ha obedecido—habló el vampiro con su extraña voz gutural pero inteligible—. Siempre obedecerá. Usted no es enemigo mío. Acérquese.

Pierre se aproximó. El monstruo estaba a menos de dos yardas de él. Lo vio perfectamente. Una cota de malla negra le cubría el cuerpo desde los hombros a los tobillos. Aquellos dos salientes membranosos que asomaban a ambos lados de su cabeza eran sendas alas replegadas, Una fina vellosidad las recubría.

—Usted me va a contestar la verdad—volvió a hablar—; usted me va a decir por qué se desvió de la ruta que le tracé; por qué no siguió a la flota marciana como se le ordenó.

Pierre pensó rápidamente.

—No oí ninguna orden—mintió con la mirada muy fija y abstraída-—. Me limité a seguir a la flota hasta que vi cómo se estrellaba en Phobos. Nadie me dio ninguna orden.

—¿No comunicó durante el vuelo con la base de Marte?

Aquella era una hábil calada. Pierre no parpadeó.

—Mi fonovisor no funciona —respondió—. Alguien lo debió estropear antes de la partida. Quise comunicar con la base. No pude.

Sus respuestas, cortadas y concisas, iban siendo aceptadas, sin que se advirtiera extrañeza en su interlocutor.

—¿Sabe dónde está ahora?

Esta vez contestó Balzac moviendo los labios solamente. Quería saber si se oía su voz o se trataba de un diálogo telepático.

—No—pensó más que dijo—. No sé dónde estoy.

Su silenciosa mentira también fue admitida.

Usted comenzará a andar y me seguirá hasta... —el fantástico personaje se detuvo—. Vendrá conmigo y no utilizará en ningún momento su revólver.

¿Recuerda si funciona o no?

—No funciona. Usted me lo dijo antes.

—Muy bien... Comience a caminar delante de mí y siga todas las instrucciones.

Pierre titubeó al elegir la dirección. La simulación fue perfecta porque el ser tuvo que extender hacia adelante su brazo para indicársela.

En aquel instante fue cuando Balzac tuvo que realizar el mayor esfuerzo para permanecer impasible. El horror se apoderó de él al darse cuenta de que el brazo del monstruo no era tal sino el borde grueso y articulado de una de las alas que nacían en su espalda. Al desplegarse, cual gigantesco manto negro, la imagen de Drácula no pudo ser más fiel.

El joven terrestre echó a andar hacia el extremo del valle en el que los farallones convergían hasta formar un estrecho desfiladero con una pendiente muy inclinada y retorcida en caprichosos meandros.

La caminata se prolongó durante cerca de una hora. La grisácea luz proyectada por el planeta Marte iluminaba los abruptos paisajes convirtiéndolos en una fantasmagórica sinfonía de negros y blancos. En otra ocasión más placentera, Balzac habría admirado sin duda aquellos violentos contrastes más propios del pincel de un artista surrealista que de la misma naturaleza. Habríase recreado en la contemplación de los oasis que estallaban de súbito en cualquier recodo del camino, en cualquier sima que se abría a sus pies. Junto a parajes yermos y calcinados surgían bosques de extraordinaria espesura y vitalidad. Los racimos de frutos se apiñaban en enormes cascadas que, a veces, eran cubiertas por infinidad de aterciopelados pétalos multicolores.

Las ligeras nociones que Balzac poseía sobre Deimos le permitieron construir la hipótesis de que aquellos aislados pero exuberantes brotes de la vegetación eran originados por la existencia de ricos yacimientos de O.CX.6, el mineral compuesto de oxígeno puro solidificado, del que Marte precisaba para la supervivencia.

La variedad de paisajes tuvo su culminación en la desembocadura misma del desfiladero. Todo lo visto anteriormente fue un pálido reflejo de lo que ahora se ofrecía a los ojos de Balzac. Este se detuvo involuntariamente al ver tanta maravilla.

—Continúe—le instó el personaje que le seguía—. No se detenga hasta el final.

Balzac se internó por una estrecha senda bordeada por altísimos árboles cuyas copas se entrecruzaban formando un tupido techo, a través del cual era imposible que se filtrara un solo rayo de luz solar. El suelo era cristalino y refulgía con tonalidades de ópalo, como si debajo del mismo ardiera una llama fija e inextinguible. Pero el fenómeno más curioso consistía en la azulada neblina que se extendía al nivel de las rodillas cual sucede con los gases de los pantanos.

Franqueado un trecho de unas doscientas yardas, aquel túnel vegetal se ensanchó prodigiosamente convirtiéndose en una amplia explanada recubierta igualmente por helechos y lianas. Había un surtidor de agua en el centro. El líquido surgía pulverizado, por la escasa concentración a que daba lugar la falta de gravedad, y se desparramaba hacia las alturas con graciosa lentitud y tomando variadas formas de expansión.

Alrededor de la fuente veíase a media docena de «hombres-vampiro» atareados en transportar fragmentos de mineral a una pequeña astronave de color rojo e indescifrables distintivos.

Los «hombres-vampiro» suspendieron su labor apenas se apercibieron de la llegada de Balzac y su acompañante. Se produjo un movimiento de desconcierto y alarma entre ellos. Un estridente silbato quebró el silencio de la escena.

Balzac vio cómo su aprehensor se despojaba de un sutil velo transparente hasta entonces ajustado a su rostro. Pensó que se trataría ele una máscara climática y, obrando en consecuencia, descorrió la cremallera de su yelmo a fin de que éste cayera sobre su espalda quedándole el cráneo libre. Así, procediendo por imitación, seguía fingiendo su papel de hipnotizado, y, de paso, comprobaba si la atmósfera era o no respirable.

La confortante frialdad del oxígeno llegó hasta sus pulmones. La sangre pareció circular más de prisa por sus venas y una sensación de optimismo le invadió haciéndole ver las cosas ele un modo distinto.

Estaba relativamente libre, llevaba un revólver en el bolsillo de su traje espacial, se encontraba en el mismo manantial del que brotaba la vida de Marte, y había descubierto el alucinante misterio de las astronaves desaparecidas. No era menguado el premio a sus, esfuerzos, dijóse para sus adentros. Si el resto de su labor se veía premiada con igual generosidad, el triunfo sería escandalosamente contundente.

Era divertido ver cómo le contemplaban. Los «hombres-vampiro» se habían acercado cautelosamente y dialogaban entre sí por medio de una jerga incomprensible. Ahora sí se oían los sonidos; el rumor de la brisa, el gorgoteo musical del surtidor, el susurro continuado de los motores de la astronave... y el fatídico ultimátum de su captor.

CAPITULO VI

No podemos hacer nada, D-Klissos —dijo el presidente. El «karim» Troshus era el único capacitado que nos quedaba para llevar a cabo la empresa. A partir de este momento te ordeno que suspendas las ejecuciones de pilotos. Me han llegado informes de que tu actuación está sembrando el descontento popular; se dice, también, que en cualquier instante puede estallar una rebelión interna en Marte originada por dicha causa. La gente sabe que va a morir, pero prefiere hacerlo cuando llegue la hora y con la paz en el espíritu. ¿Has entendido, D- Klissos?

El jefe de la Policía Sideral escrutó fijamente al presidente. El descomunal cráneo de éste oscilaba rítmicamente según era su costumbre cuando se hallaba fuertemente excitado. Su ambarino ojo permanecía ajeno a la oscilación, teniendo su mirada puesta en D-Klissos.

—Nos queda un terrestre —objetó D-Klissos sin darse por vencido—. El podría comandar otra expedición, la definitiva antes de que transcurra el plazo de sesenta horas que le queda de vida a Marte. Tengo la seguridad de que me sería posible reclutar al suficiente número de pilotos para dar una formidable batida que ponga en claro lo que ocurre allá arriba. Un número de ciento, por ejemplo.

La figura rechoncha y deforme del presidente se agitó en su trono. Incluso un psicólogo no marciano habría adivinado en su actitud la impaciencia reprimida que le embargaba.

—No hay cien pilotos que quieran ir a Deimos —dijo—. Ni siquiera uno. Para conseguir ese número que dices ¿qué bárbara matanza tendrías que llevar a cabo, qué clase de terror tendrías que imponerles?

—No importan los medios cuando la vida de un planeta está en juego— volvió a rebatir D-Klissos con mayor ímpetu aún—. No importa que para alistar a un piloto tengamos que suprimir a cincuenta cobardes. He hablado con el terrestre Rodie Clarck y está de acuerdo conmigo.

La diestra del Presidente señaló a D-Klissos con ademán imperativo.

—Tú alcanzaste la más alta graduación militar de Marte gracias a un brillante historial de piloto astronáutica. Eres joven todavía, y estás entrenado. ¿Por qué no eres el primero en ofrecer tus servicios?

D-Klissos efectuó una sumisa reverencia.

—Yo pensé, señor, que mis servicios tendrían más valor dirigiendo las operaciones —contestó—. Pero, puesto que ha llegado el caso, pongo mi vida y experiencia a tu disposición. Solo pido una cosa: que me permitas actuar

libremente dándome la oportunidad de reclutar a esos cien pilotos.

—Es pobre tu memoria en ciertas ocasiones. He perdido la cuenta de las veces que has olvidado mi negativa a tan monstruoso sacrificio. Cuantos pilotos existen en Marte serán necesarios para salvar a los cerebros más privilegiados. La Tierra ha ofrecido su hospitalidad a tal efecto. Todas las flotas de astronaves partirán hacia allí en el momento que yo dicte la orden. Habrá un puesto para ti, si lo deseas.

—Acato respetuosamente tu voluntad, señor —D-Klissos se fue retirando sin dar la espalda al presidente.

—Espera, D-Klissos ordenó aquél—. El «karim» terrestre Rodie Clarck debe regresar también a la Tierra. Te encargo de que le expreses mi agradecimiento para que lo transmita a sus jerarcas. Nada más, D-Klissos.

El jefe de la Policía Sideral asintió con servil gesto. Al llegar a la puerta del vasto salón de audiencias volvió a hacer otra reverencia. Al tiempo que la efectuaba, su mirada recorrió disimuladamente toda la extensión del lujoso recinto. Excepto el presidente nadie había allí. Los miembros de la Guardia Palatina, los servidores de escolta e incluso los consejeros, habían sido relevados de sus cargos para que pudieran reunirse con sus familias en los últimos momentos del planeta. Solo el presidente, a despecho de los rumores de fuga que habían circulado, permanecía fiel a su puesto. Moriría en él tal como lo prometió en el acto de su investidura.

D-Klissos actuó con insólita rapidez. En su diestra apareció un pequeño cilindro metálico y de él surgió una humeante descarga.

El presidente jamás llegó a saber cómo se había producido su tránsito de la vida a la muerte. Él mortal impacto le alcanzó en el tórax. La espumeante herida se extendió instantáneamente a todo el cuerpo y, en cuestión de segundos, solo quedó del mismo una insignificante porción de cenizas.

D-Klissos las aventó de forma que no quedara ningún rastro de su sorprendente acción.

Luego se dirigió al Cuartel General Astronáutico. Centenares de pilotos le aguardaban impacientes, imaginando que sería el portador de la orden de exilio hacia la Tierra.

Las esperanzas comenzaron a desvanecerse cuando D-Klissos les mandó que en el plazo máximo de una hora se congregaran en la pista principal de la base «Vell-2001». Y se perdieron totalmente cuando les dirigió la palabra.

—El presidente ha huido a Venus—informó falsamente—. Es un hecho lamentable que nunca pudimos imaginar acaeciera. El presidente es un traidor cobarde que nos ha abandonado en los momentos más críticos de nuestra historia. No os causará extrañeza, pues, que haciendo uso del derecho de sucesión, me encargue de ejercitar la autoridad para tratar de poner fin a la caótica situación. La Tierra nos ha ofrecido su hospitalidad para cuantos dispongamos de un puesto a bordo de nuestras flotas. Pero nosotros no vamos a ser tan traidores como el presidente. No queremos salvamos unos cuantos

consintiendo que muera la gran masa de población marciana. Nos salvaremos todos o ninguno. Esa es mi orden.

D-Klissos hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras. Aquellos a quienes iban dirigidas no reaccionaron de forma visible. Ni un gesto de aprobación o de protesta. Todos manteníanse más rígidos e inexpresivos que de ordinario.

—Es necesario que exista una disciplina espartana entre la población de Marte para que no se produzcan revoluciones en las últimas horas—comentó Rodie Clarck después de que Patricia le hubo traducido la primera parte de la alocución de D-Klissos—. En cualquier otro lugar no sería para descrito el caos imperante. Por cada uno que consiguiera huir caerían miles, víctimas de su misma sanguinaria ferocidad. Sería aquello de «sálvese quien pueda y al precio que sea».

—Todavía no sabemos lo que va a ocurrir aquí —contestó ella—. Presiento que no será nada bueno.

Ambos jóvenes se hallaban instalados a bordo del aeromóvil de Patricia, aparcado en el extremo de la pista. La embajadora terrestre tenía huellas de profundo pesar en su hermoso rostro moreno. Por el contrario, Rodie aparecía sereno y confiado; la circunstancia de no haber regresado Pierre Balzac no ejercía en su continente ningún efecto que delatara la preocupación.

D-Klissos prosiguió en su discurso. Su gordezuela mano abarcó con un ademán las lejanas planicies en que reposaban cientos y cientos de astronaves dispuestas para su despegue.

—Ahí están todas las fuerzas de que disponemos—dijo—. Prácticamente carecen de valor; dentro de pocas horas serán simples recuerdos de una floreciente civilización que se extinguió gracias a los designios de un despiadado enemigo que nos acecha en las alturas. Debe ser muy potente ese enemigo cuando todos los intentos realizados para descubrirle han culminado con el fracaso; debe ser potente y astuto, cuando el más famoso luchador del Universo, el terrestre Pierre Balzac, ha sucumbido también. Pero yo me pregunto si toda su potencia sería bastante para vencer a una flota compuesta por todos nuestros elementos de combate. Y para contestar a mi propia pregunta voy a trazar el último plan contando con la leal colaboración de los que me escucháis. Quiero que, en el plazo de sesenta minutos, todas las astronaves despeguen para dirigirse a Deimos. El terrestre Rodie Clarck y yo iremos, al frente de la expedición. No es un ruego ni una orden: es un decreto que dicto como presidente de Marte, y a cuya desobediencia castigaré con la muerte. Nada más. Espero que ocupéis vuestros puestos y pongáis a contribución la audacia y el ardor necesarios para derrotar al vil enemigo de las alturas.

Ninguno de los pilotos hizo ademán de salirse de la formación. Por su actitud se asemejaban estatuas inanimadas.

—Usted se refirió antes, al caos que reinaría en otro planeta —recordóle

Patricia a Rodie—. Pidámosle a Dios no ser testigos de uno de ellos. No hay un solo piloto que esté dispuesto a acatar el decreto del nuevo presidente.

—Pues es muy lamentable —contestó Rodie—. La cobardía en masa es peor que la rebelión. Si yo estuviera en el lugar de D-Klissos...

—¿Qué haría usted?— Patricia enarcó las cejas y su expresión adquirió un aire de insólita dureza.

—Eliminar a los que no han de servir para estimular a los demás. Es preferible morir luchando que con la cabeza escondida, debajo del ala como los avestruces de la antigüedad.

—Preste atención— Patricia le dio un codazo a su compatriota. La tormenta va a desencadenarse.

—¿Permanecéis sordos a mi llamamiento? —inquirió D-Klissos con su pupila fulgurante por la cólera. ¿Es que no me habéis oído? Quiero que inmediatamente ocupéis vuestros puestos en las astronaves. Os concedo cinco minutos de tiempo; si en este plazo persistís en vuestra necia actitud aplicaré implacable la sanción. La existencia de millones de almas depende de nosotros. No toleraré, por lo tanto, un paso atrás de nadie.

Se adelantó uno de los pilotos que lucía distintivos de «sub-karim».

—Hemos oído perfectamente tus, palabras y amenazas—declaró con firme acento—. Te digo en nombre de todos que nuestra cobardía es fruto de una triste experiencia. Nosotros no deseamos huir a Venus o a la Tierra; tampoco queremos morir inútilmente a manos de un enemigo desconocido. Estamos enterados de que hay traidores en nuestras filas; tú mismo eliminaste a uno de ellos cuando saboteaba la astronave del «karim» Balzac. Por ello, y ateniéndonos a la ineficacia de tus pesquisas, hemos decidido aguardar el momento supremo al lado de nuestros familiares. Ninguno de nosotros volverá a pilotar jamás una astronave; ni para huir ni para caer heridos por la muerte que acecha en los cielos. Es nuestra contestación.

El «subkarim» intentó hacerse atrás para incorporarse a la formación pero el disparo de D-Klissos le cortó la acción. Su cuerpo se retorció convulso hasta desintegrarse por completo.

—Esa es la suerte que seguiréis todos los desobedientes —dijo D-Klissos con feroz expresión en sus purpurinas facciones—. ¿Alguno más que no quiera ir a Deimos?

El silencio y la inmovilidad fueron las respuestas.

—Le ha dado su merecido-aprobó Rodie, que, sin entender el diálogo había comprendido su significación—. En la Tierra he visto muchas veces aplicar esas medidas y siempre con éxito. No hay mejor argumento para convencer que el escarmiento.

—Aquí no servirá de nada —repuso Patricia disgustada por el cariz que iba tomando la situación. Y no se rebelan contra D-Klissos porque carecen de armas que puedan contrarrestar la tremenda eficacia del «terk» desintegrador

que empuña el presidente. Si éste se lo propone solo tendrá que ir apretando el disparador para victimar a todos los pilotos.

—¡Y es lo que está haciendo!—exclamó Rodie con las pupilas dilatadas por la excitación—. ¡Por cien mil diablos, que eso ya no me gusta!

D-Klissos había barrido con una rápida ráfaga a medio centenar de pilotos. Caían unos sobre otros en alucinante carnicería. Sus compañeros contemplaban estoicamente el espectáculo.

—¿Alguno más que no haya entendido mi orden? —la voz de D-Klissos sonó como el rugido de una fiera.

Nueva pasividad por parte de los pilotos,

Rodie intentó apearse del automóvil para impedir la continuación de la cruel matanza. Pero Patricia le sujetó por un brazo.

—No se mezcle en asuntos ajenos —le recomendó. Su tez estaba pálida como la cera—. Únicamente conseguiría incurrir en la ira de D-Klissos.

Sonó otra serie de suaves chasquidos procedentes de la mano de D-Klissos. Una fila entera de pilotos quedó reducida a rescoldos.

—Lo que está haciendo el presidente es un crimen monstruoso —calificó Rodie exasperado-—. Ha asesinado a dos centenares de pilotos. ¿Será capaz de ensañarse con todos?

—Usted dijo que el escarmiento era el mejor argumento para convencer a los indecisos —comentó Patricia con amarga ironía—. ¿Ya se tambalean sus convicciones?

D-Klissos realizó un violento esfuerzo para controlar la ira que le embargaba.

—¡Regresad a vuestros pabellones!—ordenó al resto de la formación—. Reflexionaréis durante una hora sobre el ejemplo que habéis presenciado.

El presidente pasó cautelosamente por delante ele las filas y se reunió con Patricia y Rodie.

—No he tenido más remedio que hacerlo —se excusó ante la embajadora —. Preciso conseguir cien pilotos a costa de lo que sea. Me cuesta trabajo creer que exista tanta bajeza de espíritu. ¿No son ustedes de la misma opinión?

Patricia bajó la mirada.

—Es horrible—murmuró—. ¿No puede utilizar otros medios de persuasión?

—No hay tiempo para aplicarlos. Quizá su amigo, el señor Clarck, pueda orientamos sobre una fórmula que ustedes llamarían más humana.

Patricia dirigió su vista hacia Rodie. Y la sorpresa se reflejó en sus facciones al percatarse de la extraña actitud del terrestre. Este había girado su cabeza hacia el cielo y parecía escrutar algo que le intrigaba sobremanera.

—¿Qué es?—inquirió la joven tratando de distinguir el objeto causante de

la curiosidad de Rodie.

—He visto un punto negro que saltaba de una nube a otra—contestó aquél sin cambiar de posición—. Juraría a que es una astronave.

D-Klissos quiso saber lo que le sucedía a Rodie. Patricia se lo explicó.

Se estableció un largo silencio entre los tres. Las respectivas miradas estaban fijas en el algodonoso mar de nubes rojizas que cubrían casi por completo el cielo.

—¡Yo también lo he visto!— exclamó Patricia alentada por una vaga, esperanza— ¡Pasó en aquella dirección!

Rodie saltó afuera del aeromóvil como impulsado por un resorte. Su rostro aparecía transfigurado por la alegría. Su larguirucho cuello se retorció inverosímilmente para buscar una posición que le permitiera elevar verticalmente la mirada.

—¡Que me aspen si no es Pierre Balzac que regresa sano y salvo!— clamó excitadísimo—. ¡Para ese demonio no hay ningún enemigo en las alturas!

Por entre un desgarrón de las nubes se descolgó en raudo picado la inconfundible astronave de Pierre Balzac. Detúvose en su caída a unas doscientas yardas del suelo y luego planeó con suavidad hasta posarse a corta distancia del aeromóvil.

Ante las ansiosas miradas del grupo se abrió la portezuela de la astronave. La esbelta y gallarda figura de Balzac descendió de la misma con paso firme.

Por primera vez en su vida, Patricia experimentó un sublime sentimiento de admiración hacia un hombre. Y se preguntó, emocionada, si no estaría comenzando a enamorarse de él.

CAPITULO VII

E

1 terrestre morirá. Shaya lo ha decretado y sus designios deben ser cumplidos.

—Shaya no sabía que lo traerías aquí —objetó otro de los «hombres-vampiro»—. Puede que sus designios hayan cambiado.

Se transparentaban los pensamientos, de aquellos seres. Sin entender una sola sílaba de su lenguaje, Pierre Balzac no perdía un detalle de la conversación. Era un raro efecto telepático, una curiosa transmisión de ideas de la que aquellos no sospechaban siquiera.

—Me atraje al «karim» Balzac porque resultó inmune al «yoshi»—prosiguió el que había capturado al terrestre—. Su emisor no funcionó a tiempo y, por tanto, no pudo obedecer las órdenes. Quise que le vierais.

—Shayah debe verle también.

—Sea—accedió el otro.

Le hicieron caminar a través de un oscuro pasadizo que se perdía en las entrañas del oasis. Pronto desembocó en una amplia sala a modo de caverna iluminada por medio de grandes antorchas que ardían a trechos regulares. Aquello era, realmente, el yacimiento de oxígeno puro. Enormes pedruscos diamantinos se amontonaban en hileras a lo largo de la gruta. Un vaho fresco y vigorizador se desprendía de ellos coloreando de azul el ambiente. Docenas de «hombres-vampiro» procedían a cargar los productos del filón en esbeltas carretillas impulsadas por silenciosos motores. Los alados y negros seres se deslizaban a diferentes alturas con etérea gracia, obedeciendo las instrucciones de uno que debía ser el jefe o capataz del equipo. Este se hallaba, inmóvil, sobre una especie de angarillas y sus gorjeos sonaban con nítida claridad, sin reverberaciones de las graníticas paredes.

Al hacer su aparición Balzac, se suspendieron las actividades. El ser que estaba sobre las angarillas se irguió para verle mejor. Sus negras pupilas relucieron como brasas al mirarle.

Se adelantó el aprehensor de Balzac y explicó lo ocurrido a Shayah, pues de él se trataba.

—Acércate—ordenó Shayah al terrestre. Este no supo si le hablaba en inglés o es que seguía experimentando los efectos telepáticos. El caso es que le entendió perfectamente.

Balzac se aproximó lentamente, cuidando de que su diestra no se separara demasiado del lugar donde escondía el revólver ultrasónico.

—¿Viniste por tu propia voluntad o atraído por Huhjik?—inquirió Shayah.

—No lo sé—respondió Balzac impasible—. No sé dónde estoy ni quién me trajo. No recuerdo nada. ¿Quiénes sois vosotros?

Todos los «hombres-vampiro» habían formado un grupo en tomo a Balzac y Shayah. Era la más tétrica y alucinante reunión que pudiera darse en el Universo.

—¿Saben en Marte que llegaste aquí?— volvió a preguntar Shayah.

—Mi fonovisor no funcionaba —contestó Pierre maquinalmente—. Yo quise regresar a Marte.

—Dice la verdad—aseveró Huhjik—. Tuve que obligarle por todos los medios a que me siguiera. Empleé el «yoshi» de larga distancia.

«¡Valiente embustero!», pensó Balzac al escuchar la presuntuosa explicación del piloto. «Aún tuviste suerte de que no te cazara como a un ratón».

Shayah se dirigió a Huhjik.

—¿Cuánto tiempo hace que se le administró el «yoshi» al «karim» Balzac?

El interpelado consultó un extraño triángulo adosado a la palma de su membranosa garra derecha.

—Cuatro horas y treinta y seis minutos—respondió.

—Deben estar a punto de desaparecerle los efectos declaró Shayah—. Adminístrale otra dosis, Huhjik.

—¿Para qué? ¿No decretaste su muerte?

—El otro «karim» terrestre vive todavía. Puede ser peligroso.

—No te comprendo, Shayah.

—Hay que capturar también al «karim» Clarck. Pierre Balzac hará el trabajo por nosotros. Dentro de otras cuatro horas pueden estar aquí los dos. Y entonces...

—Ya entiendo.

Pierre Balzac también comprendió el significado de aquella frase sin completar. Un mar de dudas y vacilaciones inundó su mente. Si le administraban el narcótico se hallaría a merced de sus enemigos y cumpliría cuanto le mandaran, lo que supondría su muerte y la de Rodie. Y si se rebelaba en aquel momento se exponía a ser ultimado estérilmente. Un problema sin solución.

Shayah sacó do algún sitio un pequeño estuche que ofreció a su secuaz Huhjik. Este lo abrió para extraer una especie de cápsula con un punzón en el extremo más delgado. Su semejanza con una jeringuilla hipodérmica estaba en consonancia con la aplicación que, sin duda, se le iba a dar.

Huhjik se acercó a Balzac y le clavó rápidamente la aguja en la espalda a través de sus prendas de vuelo. El dolor le hizo dar un respingo.

—Tiéndase en el suelo—le instó Huhjik.

La perplejidad de Balzac iba en aumento en lo que se refería al modo de expresarse de Huhjik. Tan pronto se le dirigía con el tratamiento usual como empleaba el tuteo. Aquello no podía ser otra cosa que la indistinta utilización del idioma inglés y la comunicación telepática.

Obedeció sumisamente.

—Cierre los ojos—le ordenó de nuevo Huhjik—. No piense en nada, no profundice en su memoria. Diga lo que siente.

Otro dilema, se dijo Balzac. Todavía no experimentaba los efectos del hipnótico, de lo cual se congratulaba porque podría seguir engañando a aquellos misteriosos malhechores.

Decidió no contestar, fingiendo somnolencia.

—Dígame dónde está y qué es lo que recuerda—instóle Huhjik.

—Una caverna... hombres negros con alas... un dolor en la espalda...

—Bien. Ya se le ha pasado todo. No hay caverna, ni hombres negros, ni dolor. Usted sigue volando aún en su astronave. Ha intentado posarse en Deimos pero una fuerza irresistible se lo impidió. Ha dado vueltas y más vueltas en torno al satélite. Está dándolas todavía. Tiene que regresar a Marte. Allí le espera su amigo Rodie. Diga ahora dónde está.

—Doy vueltas y más vueltas... Deimos está cerca pero mis timones de dirección no obedecen en la ruta que les marco. ¡No puedo, diablos! Tengo que regresar a Marte... Me están esperando...

—Su amigo Rodie le espera—rectificó Huhjik—. Usted y Rodie tienen que realizar un intento conjunto para posarse en Deimos. Esta vez lo conseguirán. Usted está seguro de ello. Vendrán a bordo de las dos astronaves terrestres. Triunfarán en el empeño y podrán salvar de la extinción al planeta Marte. Repita las instrucciones.

Balzac lo hizo así, espaciando las respuestas y dando la sensación de inseguridad natural en una persona narcotizada.

—Está bien—dijo Huhjik—. Dentro de diez minutos se levantará e irá en busca de su astronave para emprender el regreso a Marte. Mientras tanto descanse.

Balzac percibió el rumor de Huhjik al alejarse. Después «escuchó» los pensamientos de éste cuando se dirigió a Shayah.

—Es buena tu idea, Shayah. Con los dos terrestres en nuestro poder no tenemos nada que temer. Después del fracaso de la última tentativa, los pilotos marcianos se negarán a formar en nuevas expediciones. Y, dentro de cincuenta y seis horas, nadie podrá disputar el tesoro de Deimos al Quinto Sol del Triángulo. Dentro de cincuenta y seis horas comenzaremos a ser los dueños del Universo.

—Sí. Huhjik: nuestro sabio y poderoso Gran S-999 supo localizar entre miríadas de astros aquel que contiene las fuentes de la inmortalidad y la suprema fuerza. Seremos invencibles Huhjik. Y a ti y a mí nos colmarán de

honores y riquezas por haber sabido defender el tesoro de las necias ambiciones marcianas...

Balzac comenzó a perder la noción de lo que le rodeaba. Las últimas palabras de Shayah se desvanecieron en su mente sin dejar recuerdo. Por el contrario, ideas nuevas le ordenaban hacer algo que estaba fuera de sus cálculos. Fue instantáneo darse cuenta de que estaba hipnotizado y adquirir conciencia de que ya no era dueño de sí mismo. Se levantó y consultó el reloj.

—Han transcurrido diez minutos—dijo con acento inexpresivo—. Debo regresar a Marte. Rodie me espera.

Huhjik le acompañó a su astronave. A la salida de los yacimientos de oxígeno tuvo la precaución el «hombre-vampiro» de colocarle el yelmo climático.

Ya con los motores en marcha la astronave, Huhjik le repitió las instrucciones.

—Recuerde: no pudo llegar a Deimos. Vueltas y más vueltas alrededor del satélite. Usted y Rodie lo conseguirán. No sabe nada más ni ha visto cosa alguna desde que la flota marciana se destruyó al estrellarse contra Phobos.

Balzac asintió y cerró la portezuela. La astronave se elevó rauda. Al llegar a las quince mil yardas de altura, enderezó el rumbo para dirigirse a Marte. La oscuridad sideral absorbió al aerodinámico ingenio terrestre, ocultándolo a la vista de aquellos piratas del espacio, futuros amos del infinito cósmico.

CAPITULO VIII

P

ierre Balzac comentaba sus peripecias de un modo desapasionado y objetivo. Se hallaban en el suntuoso salón, provisional despacho del Presidente de Marte en la base, y estaban presentes D-Klissos, Rodie Clarck y Patricia Morán.

—Estuve a punto de romper la invisible barrera que me separaba del satélite Deimos —mintió inconscientemente—. Había un resquicio por donde meterme, pero fallaron los motores de la astronave. No era nada de importancia y lo prueba el hecho de que arreglé la avería en pleno vuelo.

—¿Por qué no lo intentó después?—inquirió Patricia.

Balzac sonrió.

—No era tan urgente, después de todo. Preferí regresar para recoger a Rodie. Ahora vamos a ir él y yo. ¿Tienes preparada tu astronave?

Rodie meneó negativamente la cabeza.

—No hay manera de volver a cargar las baterías y reparar los tubos suministradores de oxígeno —replicó—. Fue providencial tu disposición de que me quedara.

Un gesto de contrariedad crispó las varoniles facciones de Balzac. Al mismo tiempo, sus ojos reflejaron la confusión. Dos expresiones poco habituales en el famoso aventurero.

—Algo hay que hacer, sin embargo —declaró—. Dame pronto la solución. Tienes que venir a Deimos.

Rodie parpadeó perplejo. Su mirada se encontró con la de Patricia y entre ambas se cruzó la interrogación. Nunca había sido Pierre Balzac de los que pedían consejo u orientación acerca de cualquier problema que se le planteara. Dicho con más exactitud, para Balzac nunca habían existido problemas. Pero ahora aparecía insólitamente empequeñecido y vacilante.

—He pedido a Bill Harlow que me envíe una «Grünert» de seis chorros —replicó Rodie—. Espero recibirla dentro de cinco o seis horas. Podemos esperar hasta entonces.

Pierre golpeó con su puño la mesa. Un relámpago de ira pasó por sus ojos.

—¡Cinco o seis horas son demasiadas! —exclamó—. ¡Imposible esperar tanto tiempo, llegaríamos tarde! Coge un equipo de mecánicos y dales la orden de que reparen inmediatamente tu astronave. ¿Es que no lo comprendes, Rodie? ¡Tenemos que ir tú y yo, cueste lo que cueste!

—¿Qué le ocurre? — -preguntó D-Klissos a Patricia. Era evidente que

también a él le extrañaba la conducta de Balzac.

La embajadora se lo refirió rápidamente.

—Está furioso por algún motivo que nos quiere ocultar —agregó—Parece como si estuviera trastornado.

Entretanto, Balzac fumaba nerviosamente. De vez en cuando consultaba la esfera de su cronógrafo, y cuando esto hacía la expresión de su rostro se tomaba más y más impacienté.

—¿Hay algún inconveniente en que los dos vayamos en tu astronave?— preguntó Rodie.

Balzac repasó en su borrascosa mente y después afirmó con rotunda decisión. Recordaba que las instrucciones de Huhjik comprendían la utilización de las dos astronaves.

—Sí que hay inconveniente —contestó irritado—. Yo sé lo que me digo y tú debes obedecerme. ¿Por qué me mira así, Patricia?

—Creo que le vendría a usted bien un pequeño descanso —contestó la joven muy serenamente—. Está usted fatigado y nervioso. ¿Por qué no se retira a su pabellón y duerme hasta que llegue la astronave solicitada por el señor Clarck?

Balzac fue a contestar violentamente pero la mirada dulce y persuasiva de Patricia le contuvo.

—Me van a volver loco entre todos —declaró pasándose una mano por la frente—. No necesito descanso, no estoy nervioso. Rodie, ¿me viste alguna vez nervioso?

—La señorita Morán tiene razón —repuso Rodie—. Si no podemos hacer nada hasta que venga la «Grünert», lo mejor es recuperar fuerzas y templar los ánimos.

Ahora fue D-Klissos quien consultó su cronógrafo. Se puso en pie.

—Ha pasado la hora que concedí de plazo a los pilotos —dijo a Patricia —. Voy a ver si el regreso del «karim» Balzac les ha hecho cambiar de opinión.

Patricia se levantó interponiéndose en su camino.

—No repita lo de antes, —le rogó—. El capitán Balzac y su amigo triunfarán dentro de pocas horas, y entonces, la noticia hará que se desvanezcan los temores. Dígales solamente a los pilotos que el capitán Balzac llegó a Deimos sin novedad e igual que él los demás, miembros de la expedición. Dígales también que muy pronto vendrá el primer cargamento de mineral y que Balzac y el señor Clarck escoltarán en su regreso a la flota. Prométame que lo hará así.

—Está bien—concedió D-Klissos—. Aplazaré las medidas de urgencia hasta ver cómo se producen los acontecimientos.

El nuevo presidente de Marte salió del aposento dejando solos a los tres terrestres. Patricia le hizo una seña a Rodie para que se ausentara también.

—Nadie nos escucha, Pierre —dijo Patricia después de que Rodie se hubo marchado. Por lo tanto puedo decirle en secreto que acertó usted en lo que me dijo al despedirse la primera vez. ¿Lo recuerda?

Balzac sintió una punzada dolorosa en sus sienes. Una misteriosa sensación interior le impulsaba a forzar la mente en busca de algo que, aunque olvidado, constábale que estaba allí. Su corazón palpitó más de prisa al observar el enrojecimiento de las mejillas de Patricia. ¿Qué diablos le diría en su primera despedida? Enrojeció él también al contestar.

—Celebro haber acertado —declaró embarazado—. ¿Qué fue ello?

Las pupilas de la joven se achicaron hasta quedar convertidas en dos diminutos puntos luminosos.

—Dijo que me enamoraría pronto de usted —contestó—. Pero, por lo visto, es una frase tan usual en su vocabulario que no merece la pena recordarla.

Balzac, apretó los puños con rabia. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Cómo había olvidado un hecho que ahora se le representaba con una claridad diáfana? El comenzó a cortejar a Patricia Morán, sintió admiración hacia su belleza, la señaló con letras mayúsculas en el libro de su corazón... Todo esto se había revelado en una fracción de segundo, en un abrir y cerrar de ojos. Se avergonzó consciente del paso en falso que acababa de dar.

—Perdóneme, Patricia —se excusó—. Me pasa algo raro; no sé, como si hubieran dentro de mí dos personas, distintas. ¿Estaré enfermo?

Patricia puso una mano sobre la de él y le sonrió cariñosamente.

—A Rodie también le dijo cosas desagradables. ¿Por qué no me cuenta lo que le ha sucedido en esta última travesía? ¿No tiene confianza conmigo para decirme la verdad?

Pierre la miró a los ojos.

—Di vueltas y más vueltas en torno a Deimos... —murmuró—. Vueltas y más vueltas... ¡Oh, es horrible, no recuerdo nada...! ¡Qué fue lo que me pasó, Dios mío!

Patricia se puso en pie.

—Usted va a descansar unas horas y después se sentirá mejor— le instó suave pero firmemente—. Yo me encargaré de avisarle cuando llegue la astronave terrestre. Vamos, le acompañaré hasta su pabellón.

En silencio, ambos jóvenes se dirigieron al aposento de campaña que D-Klissos destinara a Balzac y sus dos compañeros.

—Duerma tranquilo— le dijo finalmente Patricia. Y esbozando un mohín cariñoso, añadió—: cuando despierte recordará seguramente otras cosas agradables que también me dijo.

Rodie Clarck estaba dentro del aposento cuando Pierre entró. Se hallaba hojeando un manual de Astronáutica que cerró al ver a su amigo.

—He comprobado cosas interesantes—declaró enfáticamente—. ¿Sabías

que Phobos es un satélite de fuego?

Balzac asintió distraído.

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Y sabías, igualmente, que Harry Matews cambió su trayectoria para tomar la dirección de Phobos?

Balzac enarcó las cejas en un gesto de incomprensión.

—Harry y su astronave se desintegraron por pasar del límite previsto de aceleración—respondió.

—No estoy muy seguro de ello. Vimos cómo desaparecía de la pantalla de radar y nada más. Ten en cuenta que, dado el lugar en que se encontraba cuando aumentó su velocidad hasta las veinte mil millas por hora, un salto de escasos segundos de duración le habría llevado a las profundidades de Phobos. He pensado asimismo que a Harry le narcotizaron para que se suicidara. ¿Qué dices a eso?

Balzac hizo un ademán de cansancio.

—No digo nada, Rodie. Si te apartas de mi lecho podré tumbarme un rato.

—Como quieras—Rodie se levantó y al llegar a la puerta se giró a medias —. A Harry Matews le narcotizaron —agregó—, y estoy seguro de que a ti también.

Rodie salió cerrando de un portazo. La reacción de Balzac fue un encogimiento de hombros.

El famoso aventurero terrestre retiró del mullido lecho varios libros y cintas magnetofónicas que Rodie dispersara desordenadamente. De pronto, el dedo meñique de su mano rozó un diminuto objeto punzante que sobresalía del afelpado colchón a un par de pulgadas de la cabecera.

El pinchazo fue tan superficial que no le hizo sangre. Pero bastó para despertar su curiosidad. Con sumo cuidado introdujo la mano por debajo del felpudo hasta tropezar con el otro extremo de la jeringuilla hipodérmica. La examinó durante un buen rato, sin que su adormecida mente hallara una explicación aceptable al descubrimiento.

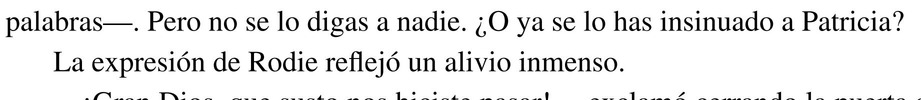
Finalmente, Balzac depositó el objeto sobre una repisa y se echó a dormir. En su reloj eran las cuatro y media, hora terrestre que no correspondía al movimiento de rotación de Marte.

A las siete y cuarto entró Rodie a despertarle.

—La «Grünert» ya está aquí— le anunció apenas Balzac abrió los ojos—. La ha pilotado el propio Bill Harlow. ¿Quieres verle?

Balzac se sentó en el borde de la cama. La cabeza le daba vueltas y un amontonado tropel de ideas le impedía razonar con claridad. Casualmente, su mirada tropezó con la aguja hipodérmica. Entonces fue rápida su comprensión de todo lo que le había ocurrido. Su inmaculada dentadura relució al sonreír a Rodie.

—A Harry Matews le narcotizaron igual que a mí —fueron sus primeras


palabras—. Pero no se lo digas a nadie. ¿O ya se lo has insinuado a Patricia?

La expresión de Rodie reflejó un alivio inmenso.

—¡Gran Dios, que susto nos hiciste pasar! —exclamó cerrando la puerta a sus espaldas—. ¿Se te han pasado ya los, efectos? ¿Recuerdas lo que te sucedió?

Balzac asintió sardónico. Su formidable contextura física se puso enteramente de manifiesto al desperezarse sin recato alguno.

—Todo está tan claro en mi memoria que podría repetirlo cien veces sin olvidar una sílaba —respondió—. La suerte fue que tu astronave estuviera estropeada. Ni tú ni yo viviríamos a estas horas si ese milagro no hubiera acontecido. Pero no me has contestado. ¿Comunicaste a Patricia tus sospechas?

—Sí. Ella coincidió conmigo.

—Bien—Balzac asestó una fuerte palmada amistosa en el hombro de su compañero—. Pues vas a decirle que continúo en el mismo estado pero, que, sin embargo, vamos a emprender la travesía a Deimos. Bill Harlow se encargará de pilotar mi astronave.

El disgusto se reflejó en el simpático semblante de Rodie.

—¿No sería mejor que la tranquilizáramos? —inquirió.

—A su tiempo—se opuso Balzac sonriendo—. Debo seguir en mi papel de idiotizado hasta que se nos traguen las nubes. Después resurgiré de mis cenizas para quitarle los humos al Quinto Sol del Triángulo. No comprendes nada, ¿verdad? Mucho mejor todavía. ¿Dónde está Bill Harlow?

Rodie levantó el pulgar de su diestra por encima del hombro.

—Ahí detrás de la puerta. El cree también que te han secado la materia gris.

—Es evidente que has propalado la noticia a los cuatro vientos— le censuró Balzac sin que su buen humor diera señales de haber disminuido—. Abre la puerta y no te rías si le gasto alguna broma a Bill Harlow.

Rodie le miró con cierta dureza.

—A Marte le quedan cincuenta horas de vida —declaró—. No es que quiera echártelo en cara pero hay gentes que aún confían en nosotros; hay cientos de pilotos que se lanzarán al espacio apenas reciban un mensaje nuestro desde Deimos; hay una mujer enamorada de ti porque le demostraste una generosidad sin límites. ¿Porqué perder el tiempo gastándole bromas a Harlow cuando tenemos tantas otras cosas que hacer?

Balzac no se inmutó, acentuándose, en cambio, su atractiva sonrisa,

—Quiero gastarle bromas ya que estoy de buen humor; y estoy de buen humor porque tengo la seguridad del triunfo —respondió—. Y si hay alguna vez en que no me hayas visto así es porque estabas ciego de remate. Anda y abre la puerta de una vez.

Rodie obedeció. En su garganta se ahogó un grito de horror al contemplar

el caído cuerpo de Bill Harlow. Sus restos semicarbonizados aún se retorcían convulsivamente como un manojo de sarmientos agitados por una fuerza invisible.

—¡Le... le han asesinado!—susurró sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

CAPITULO IX

C

ualquiera podría haber hecho el disparo; cualquiera que luego se hubiese escondido en alguno de los numerosos hangares y pabellones que se distribuían en el ala sur de la base. A aquella hora del crepúsculo marciano, los amoratados reflejos que el sol filtraba a través del cinturón montañoso no descubrían sino una quietud silenciosa que parecía la anticipación del temido final. No había signos de vida. No se veía a nadie.

Erguido, con las piernas ligeramente separadas, y el trazo de sus mandíbulas más firmemente señalado que nunca, Pierre Balzac juró solemnemente que no despegaría de Marte hasta haber vengado la muerte de Bill Harlow.

—¡Y ante nuestras propias narices, cuernos! —exclamó Rodie por enésima vez—. El asesino nos debió seguir hasta aquí. ¿Por qué mató a Bill y no a mí?

Los ojos de Pierre centellearon acerados al mirar a Rodie.

—Porque quien lo hizo nos juzgó a ti y a mí muertos de antemano— repuso—. Porque Bill era el único que podía resultar peligroso para sus planes.

—¿Tienes idea de quién pudo ser?

Balzac no contestó a la pregunta.

—Atiende bien a lo que voy a decirte. Vete a la «Grünert» y repasa concienzudamente las superficies exteriores del equipo de salvamento. Hazlo con mucho cuidado con el fin de que cuando tropieces con una aguja hipodérmica no tengas que arrepentirte después del pinchazo. Dentro de un rato me reuniré contigo.

—¿Qué vas a hacer?—la intranquilidad asomó al rostro de Rodie.

—Voy a averiguar de qué color es la sangre de los traidores marcianos.

Y sin decir nada más, Balzac se alejó de allí. Había asumido otra vez el papel de hombre abstraído y falto de reflejos nerviosos. La búsqueda que hizo de Patricia Morán estuvo salpicada de falsas distracciones y de torpezas. Sabía que entre aquéllos a quienes se dirigía estaba el autor material de los crímenes, e igualmente albergaba la convicción de que su vida no correría peligro mientras le creyeran bajo los efectos del narcótico.

Haciendo uso del monocarril se trasladó al extremo de la pequeña pista destinada a las astronaves terrestres. Allí le dieron a entender por señas que la embajadora terrestre había sido llamada urgentemente a la residencia oficial del presidente.

Un cuarto de hora más tarde era recibido por D-Klissos. Patricia aún no había llegado.

D-Klissos estaba ocupado en dirigir mensajes a la población del planeta. Su voz grave y desprovista de matices era recogida por un complicado equipo de transmisores instalado a la izquierda de su gran mesa de trabajo.

Con mirada ausente, Balzac aguardaba a que el presidente terminara. Este le miraba con curiosidad a la vez que hablaba. Era una situación un tanto embarazosa para ambos a causa de la mutua incomprensión de los idiomas respectivos.

Por fin, D-Klissos cortó la transmisión y se puso en pie. Su macizo y rechoncho cuerpo iba enfundado en el uniforme de gala que correspondía a su recién adquirida dignidad.

—K'hik yh Sw'ie—interrogó (12).

Haciendo como que levantaba los párpados con mucho esfuerzo y adoptando una expresión somnolienta, Balzac dijo en inglés lentamente:

—Ya es nuestro, Rodie. Dispárale ahora.

D-Klissos se giró rapidísimamente a la vez que desenfundaba su pequeña arma desintegradora. Al no ver a nadie detrás de él se apercibió de que había sido objeto de una celada. Cuando quiso deshacer el error era demasiado tarde. Balzac le apuntaba sonriente con su revólver.

—Por lo visto, usted no ha necesitado ahora intérprete —dijo irónico—. O quizá ha sido una figuración mía el que usted temiese que le disparasen por la espalda.

—Es usted un entrometido y un necio —contestó el presidente en inglés —. No escapará vivo de aquí.

—Nunca hable de lo que no sabe, mi querido amigo. Las cosas se saben cómo comienzan pero no cómo van a acabar. Por lo pronto hay un hecho cierto; el que primero dispare ganará la partida... o el que más valor tenga.

Los separaba una distancia de tres a cuatro yardas y había de por medio la gran mesa del despacho. El dramatismo de la situación se acentuaba por instantes. Lo que dijo Balzac era completamente cierto; el primero que se decidiera a apretar el disparador saldría vivo del aposento. Sin embargo, la jugada no estribaba en adelantarse materialmente sino en llevar a cabo una anticipación psicológica. Por regla general un movimiento determinado lleva consigo otros signos visibles cuya rapidez no es superior a los reflejos del antagonista. Una mirada de reojo, unos labios que se crispan o un pie que se mueve son actos suficientes para poner en guardia a un hombre que espera la muerte. Desde los tiempos más remotos de la historia se ha dado por sabido que el punto culminante de un duelo tiene lugar en el instante en que se produce el impacto mental, lo que se confirma por el hecho frecuente de ser la víctima quien ha disparado primero. Así, pues, la aseveración de Balzac contenía un juego de palabras de problemático alcance para la intuición marciana.

El arma de D-Klissos ascendió ligeramente hasta que el cañón apuntó al pecho de Balzac. Este, impertérrito, imitó la acción de su adversario.

—Usted no podía suponerlo, ¿verdad?—el acento de Balzac era burlón y confiado al mismo tiempo—. Usted tenía la completa seguridad de que nadie le descubriría, creía que su omnímodo poder le llevaría a una victoria fácil y desprovista de riesgo.

—Usted se considera muy listo— respondió el Presidente—. Está acusándome de algo que ignora para perder el tiempo deliberadamente y dar ocasión de que vengan sus amigos.

—En efecto, ignoro qué recompensa le ha ofrecido el Quinto Sol del Triángulo por encargarse de exterminar a Marte. De eso no sé una palabra ni me preocupa lo más mínimo saberlo. Probablemente le habrán hipnotizado también y en el momento menos pensado usted mismo se juzgará culpable y se autocondenará a muerte...

—Me decepciona, terrestre— habló D-Klissos con acento irritado—. Imaginaba que tendría usted mayor penetración. Puesto que ya no caben disimulos le diré cuál es la recompensa prometida: una recompensa muy sencilla, exenta de honores y de altos cargos en la magistratura del mundo a quien sirvo. La vida eterna es el precio que he puesto a mis servicios.

Los labios de Balzac se crisparon en un gesto de supremo desprecio.

—Y usted pretende sacrificar las vidas de millones de seres para prolongar la suya en una senectud llena de remordimientos.

—Es curioso que censure aquello que en su planeta se lleva a cabo cotidianamente— contestó D-Klissos—. Ustedes alardean de poseer unas normas rígidas de moral, pero siempre obran al dictado del egoísmo. La sociedad de ustedes, los terrestres, se rige por infinidad de códigos, estatutos y disposiciones que prohíben la comisión de actos, delictivos. Solamente por medio de sanciones se logran encauzar y reprimir los instintos. Aquí, en Marte, jamás se han cometido delitos; cada individuo sabe lo que debe hacer y jamás se apartará de su propia moral. Sé lo que está pensando y antes de que lo diga le explicaré las razones y motivos que deshacen la calificación de criminal a mi conducta. Los habitantes del Quinto Sol del Triángulo han descubierto una fórmula de la inmortalidad basada en el mineral de oxígeno existente en Deimos. Debemos, pues, considerar que ellos poseen la inteligencia suprema. No morir nunca supone la perfección absoluta. Si estos seres a quienes me refiero han conseguido dicha perfección, todos los demás habitantes del Universo les debemos obediencia ciega. Los resultados de esta obediencia serán visibles en un plazo de cientos de años, quizá; cuando todos los planetas habitables hayan liquidado a sus vetustas civilizaciones para dar paso a la raza de verdaderos superhombres. Le voy a poner un ejemplo práctico; en la Tierra existen variedades de animales que no reportan el menor beneficio y que, en cambio, ocupan un importante espacio vital. Si a ustedes les otorgaran la facultad de exterminar tales razas inservibles obteniendo a

cambio la primacía de inmortalizar a otras útiles, no dudarían un instante en la elección. Que muera un coyote no es lamentable, máxime si esa muerte representa la supervivencia indefinida de una vaca que proporciona cuarenta litros de leche diarios.

—Su ejemplo me demuestra un perfecto conocimiento de la Tierra, aunque me sorprende que se haya comparado usted con una vaca —declaró Balzac—. ¿Será usted útil a esa humanidad venidera? ¿Cierto que su inmortalidad reportará beneficios a alguien?

—Conozco su planeta. Aunque no hace al caso le informaré de que mi visita a él, como otras que he efectuado a Venus. Mercurio y Saturno, tuvo por objeto calcular sus posibilidades de extinción en un plazo rápido. No transcurrirán muchas semanas hasta que un día los terrestres comprueben que sus océanos, lagos y ríos se han solidificado. Esa será mi próxima utilidad, señor Balzac; contribuir a allanar el camino a la supercivilización del Quinto Sol.

Pierre Balzac tenía menos prisas que nunca en liquidar la cuestión. Los largos parlamentos de D-Klissos revelaban planes de tan formidable e insospechada envergadura que producía escalofríos escucharlos.

Otros motivos tenía, sin embargo, el terrestre para prolongar la situación y dejar que D- Klissos se explayara lo más ampliamente posible. El dramático diálogo tenía un testigo desde hacía unos, pocos minutos. Había hecho su aparición bruscamente, descorriendo las cortinas traseras del aposento y con ademán de acudir al encuentro de ellos. Pero el testigo se apercibió en el acto de que la conversación se desarrollaba en inglés y de que el énfasis de las frases se apoyaba en la base efectiva de un arma por cada bando. Y por estas razones. Patricia Morán prefirió quedarse al margen y aguardar la ocasión propicia para intervenir.

A Balzac le produjo una inmensa satisfacción la presencia de Patricia. Sabía que de ahora en adelante cuanto dijera D-Klissos no se perdería en el vacío aunque a él le tocara la peor parte en el duelo; sabía que Patricia se bastaría para continuar la obra emprendida y llevarla a buen término.

—Sin duda, sus argumentos son convincentes— declaró Balzac—. En cambio, lo que ya no se comprende tan fácilmente es que usted recurriese a nuestra ayuda exponiéndose a que sus proyectos se derrumbaran.

—En Marte, ustedes no constituían un obstáculo insalvable. Tal vez, la efectividad de sus innegables dotes resultara más nociva para la causa cuando le llegara el turno a la Tierra. Por otra parte, existía un factor psicológico en la cuestión. A la vista de los sucesivos desastres acontecidos a las flotas de transporte, los pilotos se resistían a llevar a cabo nuevos intentos. Había un modo de conseguir que se negaran absolutamente, prefiriendo ser ejecutados en Marte que aventurándose a salir más allá de las fronteras espaciales. Ustedes tienen fama en todo el Universo de ser los aventureros más afortunados, audaces e inteligentes. ¿Comprende?

Balzac asintió.

—Si en nuestra primera misión sucumbíamos ello significaría la destrucción total de la moral de los pilotos— contestó—. Y usted no tenía más que ir ejecutándolos, so pretexto de cobardía, para que los piratas del Quinto Sol del Triángulo pudieran operar en campo completamente abierto. Pero el ingenioso sistema le falló a usted con Rodie Clarck y conmigo. Me di cuenta de que era usted un traidor durante la última entrevista que mantuvimos la señorita Morán, usted y yo. Usted comprendió la conversación y para prolongar mi estado de hipnosis hasta que llegara a Marte la astronave solicitada por Rodie Clarck, salió del aposento y se dirigió a mi pabellón para colocar una aguja hipodérmica en el colchón, de modo que al acostarme surtiera el efecto apetecido. Después eliminó a Bill Harlow porque él era un estorbo en la expedición que íbamos a emprender. Bill llevaba consigo su equipo de salvamento y no era posible administrarle el narcótico... de la forma habitual.

—¿Conoce usted esa forma habitual?

—Una aguja inyectable colocada sobre el respaldo del equipo de salvamento. Una vez narcotizado, el piloto obedece las órdenes que recibe por el fonovisor. Harry Matews se estrelló por esa causa; recibió el pinchazo en el dedo apenas entró en su astronave.

El cañón del arma de D-Klissos se movió casi imperceptiblemente.

—Usted fue muy listo al descubrirlo—dijo—. Su muerte estaba decretada también.

Balzac se abstuvo de decirle que no descubrió la aguja sino que, temiendo un sabotaje a su equipo de salvamento sacó éste de la astronave con la ayuda de Patricia.

—La gente siempre ha dicho que soy un chico listo— ironizó—. ¿Puedo preguntarle ahora si ha cambiado alguno de sus proyectos? ¿Sigue todavía pensando en ser uno de los civilizadores del Universo?

—Pienso matarle —replicó D-Klissos.

Pierre Balzac hizo algo inaudito. Con toda tranquilidad y parsimonia dio media vuelta con la intención de abandonar el aposento.

En ese instante, D-Klissos apretó el gatillo.

CAPITULO X

E

l ardid ensayado por Fierre Balzac era tan viejo como los

tiempos en que el «Colt» dirimía las disputas entre los hombres, y tan sencillo para llevarlo a la práctica que solo hacía falta una regular dosis de sangre fría. Como también era cierto que desde los tiempos del legendario Oeste americano, el viejo ardid solía fallar noventa y nueve veces de cada cien.

Por eso, Pierre Balzac no se hizo ninguna ilusión cuando dio media vuelta, se agachó rápidamente y disparó al blanco retenido por su memoria, El rayo desintegrador adversario zumbó siniestramente por encima de su cabeza yendo a morir a una enorme columna de mármol que se desmoronó cual si fuera de yeso.

Después renacieron la calma y el alivio. Patricia abandonó su escondite para dirigirse al encuentro de Balzac. Al pasar junto al agonizante D-Klissos, una mueca de horror descompuso su hermoso rostro.

Balzac la sostuvo en sus brazos para evitar que se desvaneciera.

—Animo, Patricia— la alentó—. Más desagradable podría haber sido. Lo escuchó todo, ¿verdad?

La joven asintió.

—Estuve a punto de estropearlo— dijo con voz temblorosa—. El Presidente solicitó mi presencia aquí para un asunto muy urgente. Me figuro que sería para disponer mi regreso a la Tierra ante la inminencia del desastre.

—Y yo la busqué a usted para prevenirla de D-Klissos. Temí que usted hubiera llegado a la misma conclusión que yo con respecto al presidente y que resolviese actuar por su cuenta.

Un humo acre y maloliente les llegó de los calcinados restos de D-Klissos. Balzac cogió a la joven del brazo y la condujo hasta la salida del aposento. Era de noche completamente. La ciudad estaba prácticamente muerta; los aeromóviles de transporte y los monocarriles circulaban casi vacíos; las vías céntricas aparecían desiertas, y los altavoces habían enmudecido. Por instantes, el ambiente de la tragedia se tensaba dejándose sentir en todos los aspectos y detalles. Los relojes públicos habían sido parados en un vano esfuerzo de simbolizar la detención del tiempo.

Balzac y Patricia tomaron un monocarril que los condujo a la base de «Well-2001». Durante el trayecto ninguno de los dos rompió el silencio.

—¿No pensó nunca equivocarse con respecto a D-Klissos?—preguntó ella

cuando ambos caminaban ya a pie hacia el pabellón principal.

—Tenía la seguridad absoluta. Por otra parte, solo había que reflexionar ligeramente para darse cuenta de lo extraño que resultaba el que todo un Presidente de la Confederación Marciana se ocupara por exclusivo de atender a las expediciones de Deimos. Su presencia en la base, su ir y venir por los hangares y pabellones, su excesivo interés por nuestras actividades tenían algo de desproporcionado. Mucho más natural hubiese sido su interés hacia otros problemas capitales, delegando los demás menesteres en una asamblea de técnicos. Pero D-Klissos pretendía únicamente percatarse de los progresos de su intriga. Probablemente contaba con un par de ayudantes a los que prometió esa maldita inmortalidad.

—Uno de ellos fue aquel que cogió usted con las manos en la masa...

—Y que D-Klissos eliminó para que no pudiéramos hacerle confesar. Si queda algún otro, como es de suponer, su peligrosidad será nula por cuanto ni puede esperar la recompensa ofrecida ni tiene quien le dé órdenes.

Patricia le miró con curiosidad. Sus mejillas habían recobrado su color natural y todo en ella hacía suponer un saludable equilibrio nervioso, fruto sin duda de la despreocupada actitud de Balzac.

—¿Tiene algún proyecto inmediato?— le preguntó a sabiendas de que sería así.

Balzac se detuvo como inspirado por una idea repentina. En sus ojos brillaba la luz que proyectaba el diablillo burlón que llevaba dentro.

—De momento besarla a usted—replicó—. Un proyecto grandioso que exige colaboración. Yo siempre me he considerado sumamente resistente a la tentación, pero debe ser que me estoy volviendo viejo y mi voluntad se reblandece por efecto de las emociones. O quizá es que me he enamorado demasiado de prisa...

Patricia volvió la cabeza para rehuir la mirada de él. Su expresión tenía algo de esa tristeza que conmueve y emociona al mismo tiempo.

—No sé lo que le espera a usted allá arriba ni cuáles son sus intenciones con respecto a mí, pero sí me gustaría convencerle de una cosa —contestó Patricia—. ¿Por qué no se atiene exclusivamente a sus obligaciones para con la Tierra y deja que Dios resuelva en última instancia la suerte de Marte?

Balzac la besó con exquisita delicadeza.

—También he reflexionado sobre ello— declaró después sonriendo—. No fue una casualidad que D-Klissos pensara en mi equipo para investigar sobre el asunto de las astronaves desaparecidas; tampoco ha sido la suerte la que me ha salvado la vida en varias ocasiones y me ha permitido adivinar la identidad de D-Klissos. Hay algo mucho más profundo y misterioso: la mano de Dios. Si El me ha inspirado para llevar a cabo una empresa de tal envergadura como la salvación de Marte, yo no debo quebrar el destino para refugiarme cobardemente en mi casa. ¿Comprendes, querida?

—Comprenderlo sería mi deseo, pero el egoísmo hace que solo ansíe en retenerte a mi lado. Si tú no regresaras me faltarían fuerzas para volver a la Tierra.

La sonrisa franca y jovial de Balzac puso un matiz alegre en la conversación.

—Desde hace muchos años, la gente tiene la mala propensión de augurarme viajes incompletos —dijo—. Me pregunto por qué será.

Una tosecilla indiscreta sonó a espaldas de los dos jóvenes. Era Rodie que se les había acercado desapercibidamente.

—¿Averiguaste de qué color es la sangre de los traidores marcianos? —preguntó a Balzac su ayudante.

—Negra como la pez replicó Pierre. Y agregó—: D-Klissos me encargó recuerdos para ti y me pidió que le excusara ante ti por haber emprendido un largo viaje sin tener ocasión de despedirse como habría sido su gusto.

—¿También se ha evadido a Venus?— Rodie torció el gesto.

—Ignoro las aficiones turísticas de su espíritu, pero me inclino a creer que escogió el camino del infierno.

—¡Le mataste!—Rodie no pudo contener su estupor.

—Me asombras con tu perspicacia. ¿Verdad, Patricia, que un hombre de tan formidable inteligencia debería tener más pelo sobre su cabeza?

—Algún día, Pierre, té darás cuenta de que hay momentos para bromear y otros que no lo son —censuró Rodie—. ¿Qué diablos ha ocurrido con D-Klissos?

—Si tu mollera es impermeable al sentido del humor no es mía la culpa —replicó Balzac sin dejar de sonreír—. A D-Klissos le maté porque era el traidor de la comedia, y porque puse todos los medios por mi parte para anticiparme. Entre él y yo hubo también una larga conversación que me ilustró sobre la conveniencia de acercamos a Deimos y fingir un estado lo más aproximado posible de idiotez congénita. ¿Te han hipnotizado alguna vez?

Rodie meneó negativamente la cabeza.

—Es igual—dijo Balzac—. Lo único que tienes que hacer es, conducirte como si no supieras nada de nada y simular que obedeces en todo. Cuando yo te dé la orden de actuar, tu misión será la de repartir proporcionalmente el contenido de tu arma a fin de que nadie se quede sin ración. Si lo conseguimos, el mundo nos aclamará... y yo me casaré con Patricia.

—Enhorabuena por adelantado —Rodie lo dijo maquinalmente y con cara de circunstancias—. ¿Qué más tenemos que hacer para que el Universo nos aclame?

—Patricia se encargará del resto. ¿No es así, pequeña?

La joven hizo un gesto afirmativo.

—Me gustaría ser de utilidad.

—Pues escúchame atentamente. Como es de suponer que los pilotos sigan obstinados en no querer saber nada de Deimos, es necesario sacarles de ese ostracismo o infiltrarles ánimos. Tu labor será la de informarles de la traición de D-Klissos y de su despedida de este mundo; luego, les harás saber que Rodie y yo hemos partido para Deimos. Si todo sale bien, como es de esperar, os enviaremos un mensaje desde el satélite al objeto de que vean que aquella barrera infranqueable ya no existe y que, por lo tanto, nos complacerá dar la bienvenida a una expedición lo más numerosa posible. Ah, otra cosa: antes de que partan deberán examinar concienzudamente el acolchado de los equipos de salvamento, no sea que equivoquen el rumbo y se entreguen plácidamente a las delicias del fuego de Phobos.

—Tal vez se te ha pasado por alto un detalle —observó Patricia—. Conforme en lo de la alocución a los pilotos, pero ¿no has pensado que entre ellos puede estar algún otro de los traidores? Imagina que ocurra así y dé la voz de alarma al misterioso enemigo que aludes.

—Ya está imaginado, mi querida Pat —replicó Balzac—. Sin embargo hay que optar por el camino más corto y atenerse a las consecuencias.

—Entonces está dicho todo —declaró Patricia—. ¿Sobre qué hora calculas que emitiréis el mensaje?

Balzac consultó su cronógrafo.

—Son ahora las nueve y dieciocho; alrededor de las once y media sabréis de nosotros. A propósito, Rodie ¿querrías revisar el funcionamiento de mi fonovisor?

Rodie sonrió sardónico y luego estrechó la mano de Patricia.

—Siempre fue él el afortunado en las conquistas... del espacio —dijo con malévola intención. Y se marchó en dirección contraria al hangar de Balzac.

—¿Qué quiso decir con eso de las conquistas... del espacio ? —preguntó Patricia con una seriedad no exenta de coquetería.

Balzac enrojeció.

—Quiso... quiso decir que... en fin, se refirió a que siempre he regresado victorioso —balbuceó embarazado.

—¿Victorioso de qué? —insistió ella acentuando su mohín recriminador.

—Pues eso, que siempre me salí con la mía por difícil que fuera el asunto.

—¿Ah, sí? ¿Quiso decir Rodie que nunca se te había resistido ninguna chica?

Ruborizado, Balzac se reía de buena gana. Sin él saberlo, aquella escena constituía el sedante ideal para sus nervios en los momentos trágicos de una despedida probablemente definitiva.

—Tú eres la única mujer que he querido —contestó sinceramente—. En mi largo historial de aventurero figuran múltiples desatinos, pero la casilla de matrimonio continúa vacía. ¿Quieres mejor prueba? Si salgo de ésta y tú me aceptas habrá un soltero menos en el Universo.



Y, también, un aventurero menos —puntualizó Patricia antes de besarle apasionadamente.

CAPITULO XI

U

na hora y cuarenta y cinco minutos de vuelo. Balzac comprobó la exactitud de sus datos con la verificación hecha por el operador de la base marciana y se dispuso a fumar un cigarrillo para calmar su nerviosa impaciencia.

Todavía no había trazado los planes con respecto al futuro inmediato de la operación. Esto era una característica esencial en Balzac. Solía argüir cuando le reprochaban esta aparente negligencia que jamás hombre alguno triunfó por dotes de meticulosidad; cada minuto y cada segundo de aventura requería una improvisación adecuada a las circunstancias. A «grosso modo», Balzac se había dibujado mentalmente un esquema de cómo se desarrollarían los acontecimientos; o, mejor dicho, de cómo deberían desarrollarse según sus gustos. El esquema resumía la llegada de él y de Rodie a Deimos, el mensaje al operador marciano para que la flota se pusiese en marcha, y una acción conjunta contra los «hombres-vampiro» del Quinto Sol del Triángulo. Expresado así parecía sencillo, pero Balzac estaba persuadido de que las cosas ocurrirían de muy distinta manera.

Y se convenció todavía más cuando su fonovisor recogió inesperadamente una voz imperativa que pronunciaba perfectamente el inglés.

—«Diríjase astronave terrestre al cuadrado «Syrte CS-2». Variación de rumbo, abscisa 3,19 en cruce con coordenada DDY... Velocidad, 5,5 millas por segundo... Obedezca instrucciones astronave terrestre...»

Aquella era una inesperada complicación. Shayah, el jefe de los «hombres-vampiro», había dispuesto que los dos terrestres no llegaran a Deimos, contrariamente a lo que convino con su lugarteniente Huhjik. Esto echaba por tierra las esperanzas de poder actuar por sorpresa.

Persuadido de que no lo conseguiría, Balzac intentó establecer comunicación con la base y después con Rodie. Los equipos de transmisión estaban amañados de forma que solo recogían las instrucciones del enemigo.

Al objeto de simular su estado hipnótico, fijó el rumbo en la posición indicada. No teniendo prevista esta contingencia, Balzac temió que Rodie se delatara, efectuando alguna maniobra contraria a lo ordenado. Le produjo un alivio considerable observar a través del mirador telescópico cómo la astronave de Rodie le seguía a corta distancia.

Phobos, el satélite de fuego, apareció de pronto en el centro del horizonte visual. El diminuto sol lucía con todo su esplendor cual una moneda de oro incrustada en un negro tapiz de terciopelo. Balzac comprobó la distancia: ciento ochenta millas. La medición significaba poco más de medio minuto de

vuelo.

Era necesario tomar una rápida decisión, la primera que acudiese a su mente. Tiró con energía de la palanca de dirección haciendo que la astronave picase casi verticalmente. Luego, volando en comba, rebasó por la parte inferior a Phobos y redujo la velocidad al mínimo. Con un golpe de antebrazo destrozó los mecanismos del fonovisor. Esto truco podía dar la impresión a un observador no muy cercano de haberse estrellado contra el satélite.

Rodie surgió por el mismo ángulo. Las dos astronaves volaron casi juntas durante un buen trecho, evolucionando en torno a Phobos muy cerca para que el potente resplandor del astro absorbiera las luces de situación.

El desastre no se produjo por verdadero milagro. Ninguno de los dos terrestres se dio cuenta de la aparición de una enorme astronave hasta que pasó como una exhalación por entre ellos y en sentido contrario.

Inmediatamente, Pierre se remontó forzando al máximo la potencia de sus motores. Sus dedos se tensaron sobre los disparadores prestos para iniciar la ofensiva. De momento, Balzac ignoraba si la imposibilidad de utilizar el radar sería ventajoso o no. Por una parte resultaba inquietante no saber por dónde aparecería la astronave enemiga; pero por otra también él contaba con la misma inmunidad. Solo saliéndose de la órbita gravitatoria de Phobos, la pantalla volvería a registrar cualquier actividad cercana.

Dio una vuelta completa en torno al satélite sin hallar rastro de Rodie ni del adversario. Intrigado, varió el rumbo para salirse de aquella órbita,

Fue entonces cuando en uno de los cuadrados inferiores de la pantalla se reflejaron las estilizadas siluetas de dos astronaves enzarzadas en mortal combate, Balzac levantó la cabeza y vio por el panel plástico las mismas imágenes infinitamente más ampliadas. La luz del pequeño sol iluminaba la escena como si fuera de día, acentuando el dramatismo en cada uno de los rápidos contrastes de posición.

Rodie no podía zafarse de la implacable persecución. Con los dientes apretados y el corazón latiéndole apresuradamente, Balzac se encomendaba al cielo para llegar a tiempo. De pronto, la astronave de Rodie se desintegró en fugaz llamarada. Ocurrió tan súbitamente y fue tal el asombro de Balzac que éste apenas tuvo tiempo para esquivar la acometida del enemigo.

Balzac vio pasar de largo la astronave por encima de su cabeza. Jugándose la vida a cara o cruz, e importándole un ardite que los mandos le obedecieran o no, cambió de un manotazo la dirección del vuelo. La maciza estructura de la astronave crujió de un modo impresionante. Ahora tenía delante aquella sombra fugaz que parecía el mismo diablo. Era evidente que trataba por todos los medios de escapar de la zona de luz para luchar con más ventaja en las tinieblas.

Balzac le envió una andanada de granadas nucleares. Falló. Buscando otro ángulo de tiro, descendió diagonalmente. En un espacio increíblemente reducido, la astronave enemiga se revolvió como rabiosa. Buscaba el

desenlace por la vía rápida, el encontronazo suicida que no dejara lugar a la escapatoria. Una táctica tan vieja como el tiempo y de matemáticos resultados.

Balzac vio agrandarse el gigantesco morro negro de la astronave y se consideró perdido. Era demasiado tarde incluso para arrepentirse de haber dado oídos a aquella maldita vocación de aventurero. Solo le restaba morir matando. Cerró los ojos y oprimió con fuerza desesperada todo el teclado de disparadores.

Creyendo haber dado el paso a la eternidad, entreabrió los párpados. Todo continuaba igual a excepción de la astronave que había desaparecido. Pasmado por el milagro, escrutó a través de todos los miradores. Ningún rastro del enemigo.

Únicamente cabía una explicación: la astronave se había desintegrado en el instante preciso en que debió producirse el fatal encuentro.

Su inesperada victoria no le causó la satisfacción que habría sido de esperar. La muerte de Rodie era demasiado dolorosa para que nada la pudiera paliar.

Antes de emprender la ruta de Deimos, Balzac quiso echar un vistazo al lugar donde se había iniciado el combate por si Rodie pudo saltar a tiempo de su astronave. Sabía que era pedirle demasiado a la providencia pero nada se perdía con ello.

Así fue como su corazón se esponjó de gozo al contemplar una especie de medusa flotante que irradiaba una luz de vivos colores. ¡Rodie se había salvado!

Balzac detuvo suavemente la astronave, abrió uno de los compartimentos estanco y aguardó a que el náufrago penetrara en él. Completada la operación de salvamento, manipuló el dispositivo del ascensor para que Rodie llegara hasta la carlinga.

Cuando la portezuela se abrió, Balzac estuvo a punto de desmayarse por el sobresalto. Porque quien entró en la cabina no era Rodie sino Harry Matews.

—¡Gran Dios, estoy soñando! —exclamó con las pupilas dilatadas por el asombro—. ¿Qué clase de broma es ésta?

—La broma me la gastasteis a mí dejándome abandonado hace un montón de horas —replicó Harry resentido —Apenas quedaba oxígeno en la cámara cuando me recogió Rodie...

—¡Rodie!—Balzac no salía de su estupor—. ¿Te recogió Rodie? ¿Dónde está él?

—No debe andar muy lejos; saltamos los dos juntos.

Balzac se precipitó en dirección a uno de los miradores. En su varonil rostro se reflejó una alegría sin límites. En un santiamén puso en movimiento la astronave para a aproximarla a otro enorme artefacto flotante que

comenzaba a asomar por detrás del satélite Phobos.

Se repitió la operación de salvamento, y pocos segundos más tardé, el trío se hallaba completo en la carlinga.

Las explicaciones comenzaron después de que Balzac pusiera rumbo a Deimos.

—Desde luego me hipnotizaron —declaró Harry—. Aquella voz me decía que no me apartara de la trayectoria del fuego; me instaba a suicidarme y a mí me faltaban fuerzas para obedecer. Por el fonovisor os oía a vosotros también pero no tenía lucidez pura reconoceros. Me debatía entre unas dudas terribles. Fue espantoso, amigos.

—¿Y cómo lograste escapar?—preguntó Balzac.

—Todavía no me lo explico. Debió ser en un movimiento instintivo cuando pulsé el dispositivo de salvamento. De pronto me vi flotando en el espacio y así permanecí hasta hace un rato.

—Yo me lo encontré en una de las revueltas que dimos cuando surgió la astronave fantasma —intervino Rodie muy satisfecho—. El tiempo que perdí rescatándole me faltó luego para escapar de la persecución. Sabiendo que todo lo que hiciera sería inútil, le dije á Harry que se colocara el salvavidas y diera el salto. Yo me lancé detrás de él. Un juego muy divertido y emocionante, te lo prometo.

Balzac sonrió. La aventura comenzaba entonces y con mayores anhelos de lucha que nunca. Unidos como antaño no habría obstáculo en todo el Universo que no pudieran franquear.

Ya estaba cerca Deimos. Su plateada esfera se ofrecía a la vista de los terrestres como el maravilloso premio a sus esfuerzos y sacrificios.

Nada importaba que tuvieran que combatir contra docenas de «hombres-vampiros» ni que el Imperio del Quinto Sol del Triángulo hubiese trazado planes concretos con respecto a la Tierra. Lo único verdaderamente importante es que Balzac, Rodie y Harry estaban otra vez juntos para caer implacables sobre cualquier enemigo de la justicia y la razón.

CAPITULO XII

L

as centrales suministradoras de atmósfera artificial podrán seguir funcionando durante cuarenta y dos horas —explicó Balzac refiriéndose a la situación de Marte—. Ese es el tiempo, por lo tanto, que nos queda para acabar con el complot y hacernos con un buen cargamento de mineral que llevaremos inmediatamente al planeta. La solución apuntada es la ideal.

Rodie y Harry manifestaron su conformidad. —Pero no podemos llevarla a la práctica —refutóse el mismo Balzac-—. Sería una locura intentar llegar a Deimos a bordo de nuestra astronave. Los sistemas defensivos del enemigo nos pulverizarían apenas entrásemos en sus radios de acción. Cuando la aguja del control gravitométrico comience a oscilar nos lanzaremos en paracaídas sobre el satélite.

—¿Y quién llevará el mineral a Marte? —inquirió Rodie que no veía la cosa muy clara.

—Quieres saber demasiado. ¡Ojalá pudiera contestarte! Lo que más me exaspera es no poseer un radioemisor etérico para comunicar con la base marciana. Imagino el suplicio por el que estará pasando Patricia.

¡Atención, Pierre, la aguja se mueve!

—señaló Harry con voz excitada—. Gravedad, 0,098.

—¿Listos para saltar?—preguntó Balzac con la mano puesta sobre el botón de lanzamiento.

—¡Listos! —contestaron a dúo los otros.

—¡Adelante!

Tres corpúsculos luminosos se desprendieron simultáneamente de la astronave. Esta prosiguió su majestuoso vuelo en una ruta marcada por el piloto automático que la llevaría a girar indefinidamente en torno al satélite.

Balzac la vio alejarse y una profunda tristeza se apoderó de él. Eran buenos amigos desde hacía mucho tiempo y jamás le había jugado una mala pasada. Ahora todo lazo de unión con el Universo quedaba roto.

Descendían muy lentamente, haciendo uso de ligerísimos tubos reactores con los cuales corregían y contrarrestaban las diferentes atracciones gravitatorias, Balzac se había hecho cargo de la orientación puesto que recordaba perfectamente la zona en que tuvo su encuentro con los «hombres-vampiro».

Desde la altura en que se encontraban, Deimos se aparecía como un maravilloso mundo en miniatura; no existían las distancias en él. Bosques, lagos, tumultuosos torrentes, planicies desérticas y oasis exuberantes se apiñaban con tal proximidad que no cabía más igualdad entre su conjunto y la pintura exaltada de un artista que hubiera querido representar en un metro cuadrado todo lo existente en la naturaleza. Como astro, Deimos era insignificante, apenas una partícula de polvo en un inmenso arenal. Sus cinco millas de diámetro lo convertían en el lugar ideal para disfrutar de unas plácidas vacaciones. Un caminante perezoso le habría dado la vuelta completa en escasas, horas sin fatigarse lo más mínimo.

Pero, paradójicamente, Deimos era inagotable en riqueza. Sus yacimientos de oxígeno puro cristalizado constituían la fuente de vida de Marte y el tesoro más ambicionado de unos seres despiadados que habían descubierto en él la fórmula de la inmortalidad.

También era paradójico que tres aventureros terrestres, tres hombres que nada tenían que ganar y sí mucho que perder, tratasen desesperadamente de devolver a Marte su vitalidad. Era quijotesco que lo hicieran y hasta cierto punto incomprensible. En los trances de mayor apuro, Balzac se preguntaba si era moralmente lícito que millones de marcianos se inhibieran del problema que a ellos exclusivamente atañía. Claro es que, realmente, no se les podía exigir que abandonaran su conformismo. Sus quejas no habían trascendido más allá de las fronteras naturales; tampoco hubo peticiones de auxilio ni disturbios internos. Todo era perfectamente natural; un admirable fatalismo imperaba en los estratos más diversos de la sociedad marciana.

Faltando escasas yardas para posarse en el suelo, Balzac graduó la imantación de su calzado a fin de compensar los desequilibrios gravitatorios. Rodie y Harry le imitaron al comprender sus señas, en tal sentido.

Al llegar al lugar indicado por Balzac se desprendieron de los complicados mecanismos flotantes que les sirvieran de paracaídas.

Se hallaban a la entrada del pasadizo que comunicaba con el fértil oasis de los yacimientos. La penumbra crepuscular íbase acentuando por instantes, rellenando los huecos claros del paisaje.

Balzac echóse hacia atrás el yelmo climático. Solo se escuchaba el susurro misterioso de la brisa y el sordo rumor de las cercanas cascadas.

Harry Matews señaló un punto brillante que surcaba la negrura del cielo.

—Es nuestra astronave —dijo en voz baja—. ¿Verdad que es raro que no la hayan localizado todavía?

—La estarán observando —repuso Pierre—. Esta es una fortaleza demasiado preciosa para que haya en ella el menor descuido...

En aquel momento, un cortante silbido sonó delante de ellos. Simultáneamente hendió el aire una estela de fuego que se remontó diagonalmente buscando la trayectoria de la astronave abandonada. El proyectil describió un airoso arco que lo situó sobre su blanco. Una débil

llamarada evidenció lo certero de la puntería.

A Balzac se le encogió el corazón. Su augurio había resultado exacto. Con un impulsivo ademán desenfundó el revólver desintegrador.

—¡Animo, muchachos! —alentó con coraje—. Olvidaos de que estáis narcotizados y pensad únicamente en que aquí los diálogos son tan transparentes como el cristal. Fanfarronead lo que gustéis, decid que innumerables astronaves están ya en camino, que somos inmunes a todas las armas, que somos invencibles; ocurra lo que ocurra no os amilanéis.

Sigilosamente franquearon el estrecho pasadizo. A punto de desembocar en la salida, Balzac se detuvo.

—¿No habéis oído nada? —inquirió en un susurro.

—Como un aleteo replicó Harry estremeciéndose—. Ha sonado en la entrada del túnel.

—Que no se mueva nadie— ordenó Pierre—. Si esto ha sido una celada la haremos pagar cara.

La oscuridad era impenetrable, tan densa como el helado aire que les venía de la otra parte. Los tres terrestres estaban juntos y con los músculos tensos para entrar en acción.

De pronto, alguien le dio un codazo a Balzac. Pero no era preciso que advirtieran a éste de lo que sucedía. En el extremo del pasadizo correspondiente a la entrada relucieron dos puntos fosforescentes a la altura de una cabeza humana. ¡Dos ojos que acechaban sus movimientos!

Pierre adelantó la mano que empuñaba el arma y oprimió el disparador. Un relámpago cegador iluminó el túnel en toda su extensión. Durante una fracción de segundo pudo verse la convulsiva silueta de un «hombre-vampiro». Lo fugaz de la visión no impidió a Balzac y los suyos que se percataran de que nadie más había en el pasadizo.

—¡Lleguemos al final, de prisa! —instó Balzac—. ¡La oscuridad me crispa los nervios!

Desembocaron por fin en el oasis en forma de caverna. El espectáculo que se les ofreció a la luz de las antorchas los dejó helados de espanto.

Colgados en racimos de los salientes de las paredes, apiñados en nauseabundas masas negras, infinidad de «hombres-vampiro» acechaban la aparición del trío. Brillaban sus, siniestros ojos junto a las aceradas bocas de armas de desconocidos efectos. Plantado delante del surtidor central estaba Shayah con sus enormes alas membranosas desplegadas. No cabía nada más siniestro que aquella escena de pesadilla.

—He cumplido lo que me ordenaste, Shayah —la voz de Balzac retumbó poderosamente entre las paredes de la caverna—; solo que en vez de traerme un amigo he traído dos. Te ruego me disculpes el pequeño retraso.

—Eres un insolente, «karim» Balzac —contestó Shayah telepáticamente —; eres un insolente y has medido mal tus fuerzas. Mira a tu alrededor y dime

si lo que ves es lo que esperabas, Antes de que tú y tus hombres intentéis hacer un movimiento caeréis fulminados.

Balzac sonrió. Fue la suya una sonrisa terriblemente irónica y desafiante. Impulsóle a esbozarla un orgullo indomable y un anhelo de decidir rápidamente su suerte.

—Veo lo que hay dentro de estas paredes —contestó—. Pero, ¿ves tú, acaso, lo que hay fuera de ellas? ¿Pretendes estar cierto de que hemos venido solos?

—Eres también embustero, «karim» Balzac. Tengo noticias de que es costumbre en la Tierra usar el arma de la mentira. Será interesante comprobar cómo fallan sus efectos en Deimos. Continúa, «karim» Balzac.

Balzac miró de reojo a sus compañeros. Estaban muy pálidos pero tenían la serenidad impresa en sus rostros. Ellos también sabían ser fatalistas en los momentos más decisivos.

—Hemos venido a parlamentar contigo —dijo Pierre—. No somos tan ilusos como para pretender luchar contra todos tus adictos. Te ofrecemos una oportunidad para que renunciéis al saqueo de Deimos a cambio de salvar vuestras vidas. Un duelo entre tú y yo resolverá la cuestión. El que venza impondrá las condiciones.

—¿Cómo puedes pretender que acepte tu ridícula proposición ? Pareces olvidar que soy yo quien posee la facultad de imponer todas las condiciones. Tú y tus amigos jamás saldréis vivos de aquí. Si eso es todo lo que tenías que decirme disponeos a morir.

—No me has dejado terminar —prosiguió Balzac impertérrito—. Cientos de astronaves de Marte se dirigen hacia aquí; tus exiguas fuerzas nada podrán hacer contra ellas; ni siquiera huir. Mi intención era evitar la batalla por considerarla inútil. No es necesario que produzcan más víctimas.

—Es difícil comprender tus palabras —respondió Shayah—. Hablas de victorias seguras y, sin embargo, me propones un duelo para decidir el vencedor. Te contradices, «karim» Balzac.

Balzac se dio cuenta de que insensiblemente estaba ganando terreno. Su hato de mentiras iba infiltrándose en la incredulidad de Shayah, aunque ciertamente él mismo se preguntaba para qué le serviría cualquier ventaja que pudiera obtener.

—Las astronaves marcianas te aniquilarían —siguió mintiendo descaradamente—, pero también sé que tienes en tu mano la facultad de destruir el satélite Deimos, lo que acarrearía la extinción irremediable de Marte. ¿No es cierto, Shayah?

—Podría destruirlo, efectivamente — concedió el jefe de los «hombres-vampiro». Y después, girando su horrible cabeza, llamó con voz aguda y estridente—: ¡Huhjik!

El lugarteniente de Shayah se descolgó de su asidero y bajó batiendo sus

repulsivas alas. Por un momento conversaron en torno inaudible. A continuación, Huhjik salió de la caverna.

Hasta que regresó, un silencio impresionante reinó en la vasta gruta. Hubo un nuevo intercambio de frases entre él y Shayah. Luego, Huhjik ascendió hasta su lugar primitivo.

—Acepto el reto —dijo inesperadamente Shayah—. Ordena a tus amigos que cumplan lo pactado en el caso de que yo sea el vencedor. En el caso contrario, el satélite será destruido.

Comenzando por Pierre Balzac, los tres terrestres se quedaron atónitos. ¿Qué diabólica estratagema querría poner en práctica ahora Shayah? No cabía dentro da los límites de la comprensión humana que aquellos seres despiadados se dejaran impresionar por una simple bravata.

Balzac se volvió hacia sus compañeros.

—Supongo que de esto haréis una cuestión de honor —les dijo en voz baja—. He dado mi palabra y vosotros os encargaréis de cumplirla.

—¡Estás loco! —le susurró Rodie—. ¿No comprendes que quieren eliminarnos sin que tengamos ocasión de disparar?

Balzac les dio la espalda.

—Mis amigos se encargarán de que tus disposiciones sean acatadas— declaró con solemne acento—. Que Huhjik dé la orden de disparar.

Shayah pronunció un corto y teatral parlamento dirigido a los arracimados «hombres-vampiro». Finalmente, dio unas instrucciones secretas a Huhjik.

Entretanto, Rodie y Harry se retiraron a una prudente distancia, para evitar ser alcanzados por los disparos de los contendientes..

Shayah salió de su inmovilidad. Replegáronse sus alas, y sus garras quedaron extendidas hacia adelante. En la izquierda se destacaba la achatada boca de un artefacto singular. Por medio de sus extremidades inferiores se desplazó unas cuantas yardas más atrás.

Por su parte, Balzac mantenía los brazos pegados al costado; su diestra asía suavemente la culata del arma para no tener tensados los músculos de la muñeca y poder actuar con mayor ligereza. Considerándolo con frialdad, no le disgustaba aquella manera de morir. Era mejor así que someterse pasivamente a la ejecución.

De pronto, rasgó el silencio un penetrante chasquido. Huhjik cayó desde las alturas y su cuerpo quedó humeante en el suelo. De una de sus garras se desprendió una especie de lanza con la punta incandescente.

Rodie enfundó su pistola, satisfecho de haber evitado la traidora acción de Huhjik.

Era el instante crucial del duelo. Balzac apretó el resorte disparador haciendo girar levemente la mano pero sin moverla del sitio. De la garra izquierda de Shayah brotó un potente chorro de fuego que rozó las sienes del terrestre. Los dos disparos fueron simultáneos, pero Shayah ya llevaba la

muerte dentro cuando efectuó el suyo, y por ello, la mortífera carga se estrelló inofensiva contra una de las paredes de la gruta.

Se sucedieron unos segundos de mortal angustia. Si alguna vez sintieron verdadero pánico los tres terrestres fue aquélla. Agrupados en el centro de la caverna, sus miradas parecían querer adivinar las intenciones de los centenares de «hombres-vampiro» que se apiñaban en las vastas oquedades.

—¡Que Dios se apiade de nosotros!—cuchicheó Harry—. ¿Qué irán a hacer ahora?

Ocurrió algo inaudito. Una espesa humareda comenzó a extenderse por los agrietados muros precisamente en los núcleos vivientes, los «hombres-vampiro» se autodesintegraban como obedeciendo un mandato ineludible. Sus restos se desprendían a jirones, amontonándose en el suelo, calcinándose sobre las enormes antorchas.

El macabro y horripilante espectáculo duró muy pocos minutos. Balzac se secó el sudor de la frente mientras una indescifrable sonrisa crispaba sus labios.

—Si estoy soñando, despertadme, muchachos —dijo con voz ronca- . Pensé que solo era yo el que estaba loco.

—¿Será posible que Shayah creyera lo que le dijiste de las astronaves? preguntó Rodie con expresión de pasmo todavía en su semblante.

Balzac enarcó las cejas.

—¡Un momento! —exclamó—. ¿Habré dicho una mentira o una verdad? ¡Venid conmigo, pronto!

Como una tromba, los tres se precipitaron en el pasadizo buscando frenéticamente la salida.

Balzac llegó primero y una risa estentórea brotó de su garganta. Sus amigos temieron que se hubiera vuelto loco, pero la contemplación de la escena que se desarrollaba ante ellos esfumó sus aprensiones.

El negro manto de la noche se había convertido en una cascada de luces multicolores que se entrecruzaban formando maravillosos ramilletes. Eran los escapes de centenares de astronaves marcianas que se aprestaban a posarse en las reducidas áreas aprovechables del satélite. Evidentemente, muchas lo habían hecho ya, pues las siluetas de sus pilotos se recortaban en la penumbra aproximándose.

—Shayah le dijo a Huhjik que saliera a percatarse de tu fanfarronada—declaró Rodie—. Está más claro que el agua que el susodicho traidorzuelo vio venir la procesión y no se anduvo en remilgos para referírselo a su jefe. Disparaste al aire y diste en la diana. Siempre dije que eras un hombre de suerte endemoniada.

Balzac asintió.

—No se puede negar que la providencia nos ha ayudado, pero también es de justicia reconocer que Shayah cumplió lo pactado.

—¿Qué otra, cosa iba a hacer? —inquirió Harry—. Lo de destruir el satélite fue otra carta que le obligaste a jugar. El comportamiento de Shayah es lógico ciento por ciento. Evitando caer prisioneros él y sus adictos escapaban al riesgo de ser sometidos a un interrogatorio. ¿Sabe alguien cuál es el Quinto Sol del Triángulo?

—Tienes razón—concedió Balzac—. Sin embargo, no es cosa que me importe ahora porque, si no me equivoco, ahí viene Patricia.

Y no se equivocaba pues, la joven Embajadora terrestre se aproximaba al frente de una formidable escolta de marcianos.

Balzac se destacó a su encuentro. Su primera acción fue descubrir el hermoso rostro de Patricia liberándolo del yelmo. Después la besó como correspondía a un hombre apasionadamente enamorado.

* * *

—Fue relativamente fácil hacer caer en la trampa a los pilotos —explicó Patricia ya en el viaje de regreso a Marte—. Teniendo la absoluta convicción de que conseguiríais llegar a Deimos, no me preocupó de recibir vuestro mensaje sino que me puse de acuerdo con Phil Broderick, el secretario de la Embalada, para que emitiese una falsa llamada a través de los equipos receptores de la base. Su información, realizada de forma que suplantara tu voz, hacía constar que Deimos estaba liberada de los enemigos y que ya no había nada que temer. La mayor parte del personal de la base se hallaba presente. Los intérpretes se encargaron de traducir el mensaje y el alborozo más inenarrable cundió entre todos. Inmediatamente, las emisoras marcianas divulgaron la buena nueva; se cursaron notas de felicitación y agradecimiento a la Tierra; y a mí se me hizo un nudo en el estómago pensando en lo que sucedería cuando se descubriera la falsedad. Pero, lo que son las cosas, mi estratagema repercutió en otro aspecto importante de la cuestión: la policía capturó a cinco miembros de la conspiración en el mismo momento en que se disponían a huir. Todos ellos radicaban en la base y obedecían las órdenes de D-Klissos.

—Supongo que confesarían de plano —dijo Balzac—. ¿Con tortura o sin tortura?

—Sin tortura. En sus declaraciones se desveló el misterio de los pilotos hipnotizados. Conforme lo sospechabas tú, cada piloto salía ya drogado de la base. Del trabajo siguiente se encargaba una solitaria astronave enemiga, la cual solo tenía que impartir las instrucciones por medio de una onda magnética previamente ajustada a cada fonovisor. Así es como desaparecían las escuadrillas enteras.

—Un magnífico trabajo por tu parte —reconoció Balzac mirándola con

admiración—. Tú has sido la verdadera heroína de la historia. Sin tu genial idea, Marte se parecería muy pronto a un cementerio.

Patricia le sonrió.

—¿Dónde te has dejado la inmodestia? ¿O es que, acaso, prefieres que otros canten tus glorias?

—Mi única gloria consiste en que adiviné tu pensamiento —contestó Balzac—. Y eso lo hace cualquier sujeto que bebe los vientos por una mujer.

Sería bonito decir que las estrellas fueron testigos de un ardiente beso, pero el autor incurriría en una lamentable falta de veracidad puesto que ni aun en el siglo XXXI las astronaves estaban tan perfeccionadas como para permitir a sus tripulantes cualquier movimiento estrictamente innecesario.

De todos modos, Patricia y Pierre se miraron y se comprendieron. Y el beso quedó suspendido en el aire para ser recogido en mejor ocasión.

F I N

INDICE

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*
60.—Extraño Visitante, *George H. White*
61.—Más allá del Sol, *George H. White*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*
71.—Heredó un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*

99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Lr. Kellman, *J. Negri O'hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Prof. Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol*
117.—El silencio de Helión, *Robin Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'hara*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Prof. Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Prof. Hasley.*
127.—Energía «Z», *Prof. Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel trasatlántico, *Prof. Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Prof. Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennet.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennet.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennet.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennet.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*

En Venus, recientemente descubierto, las naciones superpobladas de la Tierra habían volcado sus excedentes humanos y el contenido de sus presidios. Como Australia en el pasado, Venus era a la vez purgatorio donde se consumía la hez y la escoria de la Humanidad, y la tierra de promisión para toda suerte de aventureros y desesperados en busca de fortuna... Un país terrible, hermoso y mortífero a la vez... Habitado por un puñado de salvajes y los más alucinantes monstruos de la Era Carbonífera de la Tierra.

Este era el Venus del presente, tal y como James Wyndham lo encontró. Y en este ambiente siniestro y turbulento, James había de realizar la increíble proeza de hacer triunfar el orden y la justicia donde jamás había habido ni justicia ni deseos de que la hubiera.

VAN S. SMITH

transporta al lector a un mundo virgen y relativo con la limpieza y amenidad de estilo que le son peculiares, en la singular narración

EMBAJADOR EN VENUS

Si usted es un verdadero amante de las descripciones, en que al pasar cada página estalle la emoción, adquiera el próximo número de esta selecta e interesante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 6 pesetas.

Notes

[←1]

(?) A partir del siglo XXXI de la Era Cristiana, todos los planetas del sistema solar adoptaron oficialmente el Código Terrestre de pesos y medidas por considerarlo el más apto para el desenvolvimiento de la navegación sideral.

[←2]

(1) ¿Qué quieres de mí?